UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1921-1922

POR EL DOCTOR

D. PEDRO GRINDA Y RODRIGUEZ

Decano de la Facultad de Filosofía y Letras

TEMA.—La Obra de Tirso

MADRID

TIPOGRAFICA ARGOS BURGOS

Delicias Bajas, 4, Tel. 2-[illegible]

1921

235
Rs
Alas, Leopoldo

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1921-1922

POR EL DOCTOR

D. PEDRO SAINZ Y RODRIGUEZ

Decano de la Sección de Filosofía y Letras

TEMA.—LA OBRA DE CLARIN.

177717.
26.1.23.

MADRID
"GRÁFICA AMBOS MUNDOS"
Divino Pastor, 10, Tel. J. 22-21.
—
1921

.2235
Ys

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1921-1922

POR EL DOCTOR

D. PEDRO SAINZ Y RODRIGUEZ

Decano de la Sección de Filosofía y Letras

TEMA.—LA OBRA DE CLARIN.

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

17717
36.1.2

MADRID
"GRÁFICA AMBOS MUNDOS"
Divino Pastor, 10, Tel. 1, 22-01

1921

A mi querido compañero Leopoldo Alas Argüelles, dedico este sincero homenaje a la memoria de su padre.

PEDRO SAINZ.

Excmo. Señor:
Señores:

Cuando tuve el honor de ser designado por el señor Rector para llevar la voz de este Claustro en el presente acto de la apertura del curso académico, no vacilé en la elección del tema, y pensé desde el primer momento en molestar vuestra atención en el día de hoy, recordando, una vez más, los merecimientos de una de las más puras glorias de esta Escuela: Leopoldo Alas.

El recuerdo de lo pasado y el afán de continuar las buenas tradiciones es lo que forma la personalidad de estas instituciones corporativas, por eso no debemos olvidar nunca ni a nuestros muertos venerables como Leopoldo Alas, ni a los buenos trabajadores que, como Rubio y Lluch, Rey Pastor y otros, practicaron en estas aulas ovetenses su docta enseñanza.

Una ley inexorable nos priva de la compañía oficial de nuestro compañero D. Rogelio Jove, todavía en la pleni-

tud de sus facultades, perdiendo con él la Universidad un excelente maestro, que es ejemplo vivo de aquel tipo de jurisconsulto, por desgracia menos frecuente cada día, que sabe aunar a la especialización jurídica una amplia cultura humanística y literaria. De esperar es que a pesar de este *cese* oficial siga el Sr. Jove prestándonos a todos, cuando menos, la valiosa ayuda de sus consejos y experiencia.

La Facultad de Filosofía y Letras ha realizado, en cambio, una valiosa adquisición en la persona del señor Ayuso, que llega a esta Universidad después de una larga y fecunda práctica pedagógica en el Instituto y en las aulas de la Universidad Central. Las varias publicaciones filosóficas del Sr. Ayuso son producto de una seria especialización, y nos muestran que nuestro nuevo compañero posee profundo conocimiento de las más recientes doctrinas y una orientación atinada y segura en los modernos métodos de la investigación psicológica, que hacen de él uno de los más apreciables cultivadores de los estudios filosóficos en España.

* * *

Leopoldo Alas.

Nació Leopoldo Alas, por un azar de la vida, en Zamora el 25 de abril de 1852. Nada más asturiano que el espíritu y el temperamento de *Clarín; me nacieron en Zamora*—solía decir él—y es cierto que toda su producción literaria muestra bien claramente las características que suelen distinguir a los escritores asturianos.

La vida de *Clarín* tiene muy poco que contar. Es la vida de un estudioso y la lectura de un libro, las oposiciones a una cátedra, la producción de tal o cual obra son

los únicos acontecimientos de la biografía de este hombre, que fué un espíritu que se derramó por entero en los libros, no dejando nada, allá en la penumbra de su vida de hombre, que tenga que averiguar el investigador curioso.

En un apéndice reproduzco la *hoja de servicios de* Leopoldo Alas, y allí, con la sequedad de la prosa de oficina, se pueden ver reunidos todos los grandes sucesos de la vida de *Clarín*.

Estudió el bachillerato en Oviedo, obteniendo en 12 de mayo de 1865 la calificación de Sobresaliente en las tres secciones de que entonces constaba. En esta Universidad cursó la carrera de Derecho, y en Madrid, en 10 de julio de 1878 recibió el grado de Doctor en Derecho civil y canónico con nota de Sobresaliente siguiendo después, en la Universidad Central la carrera de Filosofía y Letras. Fué luego *Clarín* lo que él llamaba con ironía amarga *opositor a cátedras*. La cátedra entonces no había alcanzado este grado de libertad ideológica de que goza hoy. La política intervenía en todo y el catedrático era elegido, no exclusivamente por su competencia científica, sino teniendo muy en cuenta sus ideas filosóficas y políticas que podían perjudicar al régimen del Estado.

Los Tribunales proponían una terna y el Ministro elegía de ella el nombre que le agradaba más. *Clarín* fué víctima de esta organización absurda, pues en noviembre de 1876 ganó el primer lugar de la terna en las oposiciones a la cátedra de Economía política de Salamanca, y el Ministro no le nombró catedrático. A esto alude *Clarín*, con profunda ironía en su folleto «*Cánovas y su tiempo*», comentando unas frases de Cánovas en el prólogo a las obras de Revilla, en que se jactaba de haber nombrado a éste catedrático a pesar de sus ideas políticas.

«Pudiera aquel Gobierno, presidido por mí, en *uso de su derecho*, a la sazón indisputable, *vacilar* (¿el derecho de vacilar? ¿Qué derecho es ese? Por lo visto llama Cánovas vacilar a quitarle a un primer lugar una Cátedra. Dígalo yo, uno de los *vacilados* por el conde de Toreno); mas no vaciló un punto, y en circunstancias todavía bien críticas (¿críticas también para la literatura dinástica? ¡Qué valor de hombre! ¡Darle una Cátedra a Revilla, y de Literatura, en circunstancias todavía críticas! No le hay como él, como Cánovas), aconsejé yo mismo su nombramiento» (1).

Por fin, como puede verse en el *Apéndice*, fué nombrado en 17 de enero de 1882 catedrático de Economía en la Universidad de Zaragoza, logrando al año siguiente, por traslado, la cátedra de Prolegómenos, Historia y elementos de Derecho romano de esta Universidad de Oviedo. Después, siguiendo los vaivenes de la reglamentación de estudios, o a petición suya, desempeñó sucesivamente en nuestra Universidad las cátedras de Instituciones de Derecho romano y de Elementos de Derecho natural.

No fué la cátedra para *Clarín*, como para muchos, plataforma desde donde saltar, con ciertas garantías de provecho, a las luchas y escalafones de los partidos políticos. La altiva independencia de Alas en opinar y su carácter personal se avenían muy mal con la llamada *disciplina* de los partidos políticos, a la que frecuentemente se sacrifican o una convicción honrada o una parte de nuestra dignidad humana. Él profesó siempre, como veremos, ideas muy personales que desconcertaban a los simplistas encasilladores de oficio, aunque el matiz que la gente le

(1) *Cánovas y su tiempo*, pág. 97.

asignaba era el de liberal acérrimo, siendo *oficialmente* republicano *posibilista* de los de Castelar.

Fué *Clarín* muy joven a Madrid, llena el alma de las luminosas ilusiones de la mocedad y de aquel generoso romanticismo que nunca perdió, que sobrevivió a las sinceras dudas filosóficas de su espíritu, al influjo naturalista y que da un matiz a la obra total de *Clarín*, especialmente al resurgir en sus últimos años, que la hace tan agradable, tan honrada, tan acojedora y llena de armonía.

Un dulce recuerdo de estos años juveniles acude a la pluma de *Clarín*, hombre maduro ya:

«Y por aquellos días, digo yo, interrumpiendo a mi *Virgilio* en este viaje de recuerdos de la vida artística de Rafael Calvo, por aquellos días llegó a la villa y corte de Don Amadeo de Saboya un pobre estudiante, licenciado en Derecho, que venía a hacerse *filósofo* y *literato* de oficio y a contemplar y admirar a todas las *lumbreras* de la ciencia, del arte y demás, que en su sentir pululaban en la capital de España. El cual estudiante, en cuanto se quitó el polvo del camino y sintió el *horror* de la posada madrileña y gimió un poco a sus solas por la madre ausente, se fué derecho al paraíso del Español a buscar en la poesía un consuelo para la nostalgia, o llámese morriña, pues el estudiante era gallego, o poco menos: era asturiano. El arte, como el cielo estrellado, es una patria común para todos los desterrados; todos los que somos del mismo hemisferio, mientras de él no salimos, tenemos en la *noche serena* la mitad del *paisaje* de nuestra tierra dondequiera que vayamos; el que tenga la sana costumbre de mirar arriba, lleva este consuelo dondequiera consigo; pues la poesía es igual, es un refugio del alma triste ausente de las almas y de la tierra de sus amores. De mí, o

sea del estudiante del cuento, sé decir que por aquel tiempo de la *primera salida* en busca de aventuras literarias y filosóficas en aquel Madrid que me parecía tan grande y tan enemigo en su indiferencia para mis sueños y para mis ternuras y mis creencias, encontraba algo parecido al calor del hogar... en el teatro y en el templo. Me consolaba dulcemente entrar en la iglesia, oir Misa, ni más ni menos que en mi tierra, y ver una multitud que rezaba lo mismo que mis paisanos, igual que mi madre. Otro refugio era el teatro, pero no cualquier teatro, no aquellos en que había cualquier cosa menos patria. Mi teatro fué desde la primera noche el Español, donde se hablaba en verso más o menos castellano, donde un joven delgado y de piernas poco firmes, con cara de viejo, que parecía llorar por el gesto con que declamaba, me hizo sentir un *temblor nuevo,* como dijo Víctor Hugo hablando de Baudelaire, no porque el joven tuviera que recitar maravillas, sino por el timbre de su voz y por las cadencias de su *canto.*

Sí; era *La Beltraneja*, de los señores Retes y Echevarría lo que estaban representando; que me parta un rayo si yo recuerdo del drama cosa de provecho, aunque desde luego me atrevo a jurar que era malo; pero de todos modos para mí fué una revelación; en mi pueblo no había visto jamás cómicos tan limpios, *decoraciones* tan *decorosas*, palacios como aquellos, que eran por sí solos, a mis ojos, poemas de romanticismo arqueológico. Rafael Calvo, a quien yo confundía al principio con los demás, empezó a destacarse en mi atención poco a poco; aquella voz vibrante, llena de pasión mal contenida; aquellas piernas temblonas, aquel gesto de dolor me interesaron pronto y me hablaron de una manifestación plástica del romanticismo dramático tan amado que ya podía vislumbrar tal

como era. ¿Es joven, es viejo?, me preguntaba contemplándole. Desde el *Paraíso* no se podía discernir este punto con seguridad. Ello fué que llegaron unas quintillas, famosas por aquellos días, en que Rafael Calvo, ripio arriba o abajo, comenzaba diciendo:

Bella, garrida, lozana,
como la flor más gentil,
ví en el campo a vuestra hermana
una mañana de abril.

No respondo de que la quintilla primera fuera así exactamente—y ahora me hago cargo de que no podía ser así, porque eso no es quintilla: falta un verso—; de todas maneras yo no estaba para detenerme a analizar si había ripios o no, si aquello era una sarta de vulgaridades; mi corazón, que echaba de menos a mi madre y de más a la patrona, no estaba para retóricas; necesitaba amor, y en su ausencia, poesía; y aquellos versos, cantados tan dulcemente, me llegaban al alma, me hacían compañía, me *hablaban de allá*. ¡Dios le pague a Rafael Calvo aquellos momentos en que su voz fué para mí como un regazo! En vano a mi lado Armando Palacio y Tomás Tuero, que ya tenían su aprendizaje de Madrid, se reían de *La Beltraneja* y de quien la inventó a mandíbula batiente; ellos juzgaban como *críticos* que ya salían del cascarón; yo, por entonces, creía en Chateaubriand y en las quintillas fuesen como fuesen...» (1).

Y esta frescura de alma conservó siempre *Clarín*, y a veces en medio de una sátira violenta aparece el hombre

(1) *Rafael Calvo y el teatro español* págs. 40-43.

bueno y sensible hasta la exageración que se albergaba en el fondo del espíritu de Alas.

En Madrid vivió *Clarín* su vida de literato y crítico militante, y llegó a asimilarse de tal modo al embiente de la Corte, que en sus escritos traza acá y allá tal cual rasgo satírico contra las provincias y su vida monótona y triste.

Este escenario de su vida fué observado por *Clarín* con su profunda visión de paisajista. Pocos pasages habrá en nuestra literatura que den tan bien como el siguiente, la sensación de lo que es una tibia y luminosa tarde de primavera en Madrid.

«No recuerdo si corrían los últimos días de abril o los floridos de mayo ni del año podré decir, sino que era uno de los cinco primeros de la Restauración de Alfonso XII.

Sobre la calle de Alcalá volaban nubecillas ténues como una espuma de las olas de azul de allá arriba. Madrid alegre salía a paseo y se parecía un poco al Madrid que soñó Musset, con sus marquesas a *l'œil luttin,* sus toros... embolados, sus serenatas, sus *escaleras azules* y demás adornos imaginarios. Cuando Madrid toma cierto aire andaluz en los días de sol y de corrida, parece lo que no es, y el que ha vivido allí algunos años se abandona a cierta ternura *patriótica,* puramente *madrileña*, que no se explica bien, pero que se siente con intensidad» (1).

También pintó magistralmente *Clarín* (por ejemplo, en *Un viaje a Madrid)* con rasgos satíricos, de actualidad perenne, la vida literaria de Madrid, llena de intrigas y miserias personales, de preocupaciones envidiosas, con contadísimos escritores que sintieran todo lo que hay de espiritual y grande en el arte literario.

---

(1) *Cánovas y su tiempo* pág. 5.

Todos los escenarios de la vida de *Clarín:* Asturias, Madrid, Guadalajara influyen en su obra de novelista, formada, en gran parte, por la observación directa de la realidad.

Desde Madrid, en sus primeros años de escritor, colaboró Alas en alguna Revista regional, como *La Revista de Asturias*, cuya colección es tan interesante para conocer los principios de aquel grupo de escritores asturianos, en el que descuellan como figuras de primer orden *Clarín* y Palacios Valdés. Escribió entonces Alas las poesías que de él conservamos, llenas todas de ese sentimentalismo romántico de que antes hablábamos.

Empezó *Clarín* cultivando la crítica, siguiendo la manera satírica de Palacios Valdés. Pronto adquirió Alas una gran personalidad en este género literario, hasta el punto de que, aún hoy, para muchos es *Clarín* el crítico violento y mordaz de la *tradición*, no el novelista, ni el pensador, ni el cuentista admirable.

Esta profesión de crítico, y su temperamento impulsivo y satírico enzarzaron a Alas en una serie de polémicas y disputas literarias, que si le acarrearon numerosos enemigos, le hicieron temible en el mundo literario, llegando a ejercer una verdadera dictadura intelectual en España, que sostuvo dignamente y cada día con más serenidad y elevación de miras, hasta su prematura muerte.

Sus polémicas con Revilla, Balart, Navarro Ledesma, Manuel del Palacio, la Pardo Bazán, Bonafoux, P. Blanco, P. Muiños y con tantos otros, forman una inacabable cadena al través de su vida. La miserable condición humana que se complace en los insultos y dimes y diretes personales, ha dado una notoriedad inmensa a estos sucesos

de la vida de *Clarín*. Haciendo un estudio minucioso de estas polémicas, inoportuno ahora, podría trazarse un curioso capítulo de costumbres literarias en nuestro siglo XIX.

Casi todos estos escritos críticos y polémicos se publicaron en los numerosos periódicos en que *Clarín* derramaba su producción literaria: *El Solfeo, El Cascabel, Madrid Cómico, El Imparcial, Ilustración Ibérica, Revista Contemporánea, España Moderna,* etc., etc... Esta necesidad de atender a tanta colaboración hizo que gran parte de la energía mental de *Clarín* se disipase en una labor ingrata y abrumadora. Por otra parte, su temperamento generoso le llevó a intentar todos los géneros literarios.

«*Clarín* se prodigó demasiado, y el mundo no es de los que se prodigan. Crítica al menudeo, alta crítica, que más bien era una estética dispersa y no encajada en cuerpo de doctrina, crítica fustigante y satírica, crítica serena y lúcida; cuadros de costumbres, cuentos morales, cuentos líricos sin intención; novelas cortas, de narración viva, novelas por todo lo alto, hasta poesías en su primera época; todo lo cultivó aquella prodigiosa organización mental, que acaso dió al fin un estallido antes de tiempo cansada de resistir tanto peso. Por aquí le vino su perdición. Por dilapidar demasiado su talento... Fué un libertino de las ideas... Leopoldo Alas no fué un libertino en su vida como Alfredo Musset o como Espronceda; no fué siquiera un hombre que tuviese la dulce manía de las mujeres como Stendhal, como Byron, como Sainte-Beuve (*ce D. Juan laid*, como le llamó una vez, con caústica frase, su paisano y sucesor de profesión crítica Emilio Faguet)... Por el contrario, *Clarín* pasó su juventud estudiando, leyendo en la biblioteca del Ateneo, o, a lo sumo,

perorando, primero en los pasillos de la Universidad, luego en la antigua cacharrería de la calle de la Montera. Y como todos los hombres que llegan a viejos sin haber cultivado mucho a la mujer, sintió una extraña melancolía, que se resolvía en una ternura cada vez más efusiva hacia el sexo femenino... Y por eso, *Clarín*, que decía, ya avanzada su vida melancólicamente, *no la he corrido en mi juventud*, adoró a la mujer con amor tan intenso, contenido y ruboroso... Era la pasión avasalladora e intensa del tímido que nada dice, harto de haber callado mucho. Todo lo que reservó en fuerza vital lo ha derrochado en fuerza mental» (1).

Amarga y conscientemente se quejaba *Clarín* de esta disipación intelectual:

«¿Por qué engañarme a mí mismo? Si mi espíritu no está ahora para bromas ligeras, no debo dejar que la pluma resbale por la corriente de lugares comunes de la ironía. ¡Cuántas veces, por cumplir un compromiso, por entregar a tiempo la obra del jornalero acabada, me sorprendo en la ingrata faena de hacerme inferior a mí mismo, de escribir, peor que sé, de decir lo que sé que no vale nada, que no importa, que sólo sirve para llenar un hueco y justificar un salario!...» (2)

En otro sitio dice jocosamente:

«El palique no tiene más definición que esta: Es un modo de ganarse la cena que usa el autor honradamente, a falta de *pingües* rentas. Con que... *paliquearemos*, sin ofensa del arte, ni de la moral, ni de la religión, ni del culto... y clero. Y dispensen mis médicos, mis amigos y los que me quieren mal» (3).

(1) González Blanco: *Historia de la Novela...* págs. 496-98.
(2) *Cánovas y su tiempo*, págs. 14 y 15.
(3) *Palique*, 1893, pág. 212.

Lo verdaderamente prodigioso, si es verdad aquella afirmación de Oscar Wilde, de que «el escribir en periódicos deteriora el estilo», es que Alas tuviera humor y tiempo para llevar a cabo su labor de novelista y cuentista tan honrada, inspirada solamente por la más pura y elevada preocupación de perfección artística.

En la vida de *Clarín*, en sus últimos años, se nota el influjo de la evolución que habían sufrido sus ideas. Al llegar Alas al fin de su vida estaba más cerca del joven romántico que iba a las iglesias y al teatro en busca de la tibia caricia que le recordase el amor materno, que del periodista batallador y satírico que tanto estruendo produjo con su pluma, creando en el concepto de las gentes un *Clarín* falso y muy distante de la realidad (1).

Esta inmensa labor de *Clarín* merece un estudio detenido y minucioso que me propongo hacer, no intentando ahora más que lanzar una ojeada general por la obra de Alas, dejando muchas veces que sea él mismo quien nos diga su propio pensamiento.

Han pasado los años, y mientras muchos de los contemporáneos de *Clarín* se van difuminando en la lejanía de lo pasado, la figura de Alas aparece cada día más acusada, más fuerte, más vigorosa. Hoy mismo se echa de menos en nuestras letras su labor crítica originalísima, producto de tan varios y dispares conocimientos y aptitudes; aquella obra en que se daban la mano armoniosamente la honradez técnica del profesor, la profundidad y amplitud del pensador, la agilidad del estilo leve y alado del periodista, el arte del literato y, sobre todo, presidiendo a su producción entera aquel culto apasionado a la be-

(1) Véase el interesante artículo del señor Arboleya, que cito en la bibliografía.

lleza pura y desinteresada y a todo sentimiento honrado y noble.

La obra de *Clarín* no es un producto de arte inconsciente; *Clarín* fué toda su vida, sinceramente, un preocupado por los problemas religiosos y filosóficos, y esta preocupación palpita en sus escritos literarios, aun los más ligeros, ilumina con sus resplandores y da tono a toda la producción artística de *Clarín*.

Para entender la obra de Alas hay que conocer previamente la evolución de sus ideas filosóficas, y sería preciso para llevar a cabo esta labor con toda honradez, el estudio cronológico de los artículos y escritos dispersos de *Clarín*, sin hacer un caso excesivo de las fechas de los volúmenes en que se han coleccionado por recogerse frecuentemente en ellos, escritos que pertenecen a épocas bien diferentes. Dejando a un lado estos inconvenientes, que podrían ser vencidos en un más detenido estudio, procuraré fijar cuáles son los aspectos principales en la evolución del pensamiento de Leopoldo Alas.

***

El pensamiento de *Clarín*.

Poco propicios al pensamiento original e independiente fueron en España los años en que transcurrió la juventud de Alas. El pensamiento filosófico español que, desgraciadamente, padeció siempre de una discontinuidad lamentable, andaba desorientado sin una tradición nacional de qué nutrirse, sin un conocimiento profundo de la filosofía europea contemporánea que pudiera ser asimilada. Sánz del Río, de vuelta de su viaje a Alemania, se trajo en su maleta un sistema filosófico, que fué acogido aquí con

gran apasionamiento por todos los que querían huir de la escolástica decadente y tradicional. No es ocasión ésta de explicar las causas de que el krausismo arraigase en España con más profundidad que en ningún país europeo. ¿Coincidencia con las tradiciones éticas de nuestro pensamiento? ¿Por su armonismo tan agradable al genio práctico de nuestra raza? Historiador tiene la Filosofía española que magistralmente nos resolverá esta cuestión en su día. Sólo hemos de observar que a partir de entonces, la juventud española tuvo forzosamente que elegir entre dos fanatismos de escuela, y las especulaciones filosóficas descendieron a la candente arena de las luchas políticas. Ya observó Menéndez y Pelayo que la estética se nutría o de las hórridas fórmulas de Krause, o de las pasmarotadas sentimentales del P. Yunngmann.

Mostró *Clarín* siempre un carácter independiente; pero en su primera época sufrió el influjo krausista, seguramente a través de la enseñanza de Giner de los Ríos, a quien dedicó su tésis doctoral y de quien siempre guardó un dulce y cariñoso recuerdo (1).

Alas fué en filosofía un ecléctico, un espíritu reposado y sereno enemigo de las estridencias, de los términos extremos, de las novedades atrevidas y de relumbrón.

---

(1) En el siguiente párrafo expresa bien Alas su opinión sobre lo que fué *históricamente* el krausismo en España, en la época en que todavía no se había decidido a satirizar a esta escuela:

«La filosofía en España era en rigor planta exótica, puede decirse que la trajo consigo de Alemania el ilustre Sanz del Río. Querer unir a la tradición de nuestra antigua sabiduría los trabajos casi insignificantes de los pensadores católicos y escolásticos de nuestro siglo es una pretensión absurda, aunque la apadrinen eruditos. La filosofía del siglo, la única que podía ser algo más que una momia, un ser vivo, entró en España con la influencia de las escuelas idealistas importadas por el filósofo citado.

»Cuando ya por el mundo corrían con más crédito que los sistemas de los grandes filósofos idealistas de Alemania las derivaciones de la izquierda hegeliana y el positivismo francés y el inglés, en España la escuela krausista prosperaba, y con vigoroso método, gran pureza de miras y parsimoniosa inves-

Toda esta filosofía elegante y tranquila está contenida en un cuento de su madurez: *El sombrero del señor cura.*

Esta fué, en el fondo, la tendencia filosófica de *Clarín;* pero las inquietudes filosóficas y religiosas de su espíritu presentan varios aspectos que es preciso señalar.

Generalmente los críticos, al estudiar la obra literaria de *Clarín* hablan de *dos* épocas, caracterizando la segunda por un renacimiento idealista, por un vago sentimentalismo religioso, frente a la posición escéptica de Alas en su primera fase. Yo creo que esto no es exacto. En la evolución filosófica de *Clarín* hay tres momentos: el muchacho religioso y romántico que partió de Asturias *a conocer las eminencias* madrileñas fué profundamente influído por la filosofía krausista. De entonces data su profunda preocupación por la ética, su formación de moralista que se refleja en toda su obra. Los krausistas españoles, con sus pretensiones de innovadores, están dentro de una fecunda tradición española, y son, quizá, el último eslabón de una cadena de moralistas que arranca de Séneca y que ilumina con sus resplandores las más grandes creaciones del genio artístico de nuestra raza.

En esta primera época, como es lógico dada su formación, es Alas enemigo declarado del positivismo. Véase cómo habla al hacer la crítica de un tratado de estética en la *Revista de Asturias* en 1879.

---

tigación, iba propagando un espíritu filosófico, de cuya fecundidad en buenas obras y buenos pensamientos no pueden tener exacta idea los contemporáneos, ni aun los que más de cerca y más imparcialmente estudien este influjo, insensible para los observadores poco atentos. Como oposición necesaria del krausismo, que sin ella podía degenerar en dogmatismo de secta intolerable, llegaron después las corrientes de otros sistemas, tales como el monismo, el spencerismo, el darwinismo, etc., etc... y hoy tenemos ya, por fortuna, muestra de todas las escuelas, palenque propio, nacional, en que mejor o peor representadas, todas las tendencias filosóficas combaten y se influyen, como es menester para que dé resultados provechosos a la civilización la batalla incruenta de las ideas.» (*Solos de Clarín*, 1881, pág. 55).

«¡Y de metafísica! Ni más ni menos la opinión de Comte, de Spencer, de Littré... El Sr. Campillo, positivista empedernido, no quiere metafísica, porque la metafísica es apasionamiento, poesía, que dice Ribot en su Introducción a la Psicología inglesa» (1).

En su tésis doctoral *(El Derecho y la Moralidad*, 1878), muestra ya su simpatía por la posición ecléctica. Habla de la reacción idealista que siguió en Europa al predominio de la filosofía sensualista.

«Pero, como reacción, fué el idealismo más lejos de lo que debiera, y al prurito de observación empírica sucedió el prurito de abstracción ideal, siendo fruto de esta exageración el presente estado de la filosofía, estado de decadencia para el que atienda sin ilusiones a la opinión común, momento de descrédito, de innegable debilidad, y bien pudiera decirse de anarquía» (pág. 8), y más adelante dice:

«Las escuelas que pudieran llamarse modernísimas, quizá obedeciendo a un impulso desconocido que las lleva a preparar una nueva fase del pensamiento por una transición lenta, no niegan la realidad de lo suprasensible, nada le dicen sobre el objeto *en sí* de la desacreditada metafísica, y se limitan a negar, para el entendimiento humano, la posibilidad del conocimiento científico de lo metafísico» (pág. 9), y puntualiza su propio pensamiento, añadiendo:

«Se reconoce en el hombre la necesidad constante de pensar algo sobre lo eterno... Si en esta concesión, *que parece irrisoria*, hecha a la metafísica (pues a ella se refieren) se puede entrever o no una fase nueva del pensa-

(1) *Revista de Asturias*, año 1875; pág. 101. Nota bibliográfica acerca del libro *Lecciones de Caloctenia*, por D. José Campillo y Rodríguez.

miento, en la cual se encuentra una transición al equilibrio armónico de la tendencia preponderante y del antiguo sentido idealista, no toca examinarlo aquí...» (página 9).

El eclecticismo fué siempre bien acogido por Alas cualquiera que fuese su procedencia. Trazando el cuadro de nuestra cultura en el período que precede a la revolución de 1868, dice de la filosofía:

«La filosofía aquí se reducía a las declamaciones elocuentes de Donoso Cortés y al *eclecticismo simpático*, pero originariamente infecundo del gran Balmes, que, como tantos otros, soñaba con *alianzas imposibles* entre sus creencias y las poderosas corrientes del siglo» (1).

Esta cita nos situa dentro de la segunda fase de *Clarín*. Habla ya de *alianzas imposibles*, y en ese mismo libro recoge un artículo juvenil sobre *Gloria* de Galdós, al que pone la siguiente nota:

«Este artículo, escrito hace muchos años, es uno de los primeros del autor, inocente *idealista de cátedra* entonces. Hoy considera novelistas de primer orden a Flaubert y Zola, honra de la novela francesa» (2).

Estas frases nos dan clara luz para entender la evolución filosófica de *Clarín*. El naturalismo era una *técnica* literaria, pero en su seno llevaba una filosofía, y forzosamente tenían que caer en el determinismo los que no acertasen a separar uno y otro aspecto. Algo de esto ocurrió a *Clarín*, y por influjo naturalista, dentro de cuya manera produce parte de su labor de literato, siente flaquear aquel *idealismo de cátedra* que ahora califica de inocente. Con-

---

(1) *Solos de Clarín*, 1881, pág. 52. *El libre examen y nuestra literatura presente.*

(2) *Solos de Clarín*, 1881, pág. 305 nota.

tribuyeron a este resultado la serie de polémicas y la incomprensión con que aquí fué acogida por muchos la novela naturalista. Pero más adelante hablaremos de esto.

Durante este segundo período del pensamiento filosófico de *Clarín*, hace este alarde de un escepticismo puramente *literario* y *satírico* que no se atreve a elevar a sistema. Veamos unas muestras:

«Menéndez Pelayo es tradicionalista, católico a machamartillo (son sus palabras); yo soy casi un demagogo, y «*en punto a religión... la natural*», como dijo el especiero de Espronceda» (1).

«Volvía Castelar del destierro sin aquellas vacilaciones y contradictorias creencias que un vago sentimental cristianismo le inspirara un día; volvía como apóstol de la democracia y del libre examen, predicando una política generosa, optimista, quizá visionaria, pero bella, franca y en el fondo muy justa y muy prudente.» (*Solos de Clarín*, 1881, pág. 54.)

En una serie de pensamientos sueltos encontramos éste:

«Los que opinan que ha pasado el tiempo de combatir con todas armas el poder del fanatismo y los absurdos de la superstición, son tan peligrosos para el progreso como los que piensan que ese tiempo no ha llegado.» (*Solos*... pág. 67.)

Y más adelante, en el mismo libro:

«Sabido es que la religión predominante en España es la católica romana en sus más calorosas manifestaciones, y que *El Siglo Futuro* es el defensor, no ya de los párrocos, sino de todos los fieles que tienen

(1) *Solos de Clarín*, 1881, pág. 20: *Marcelino Menéndez y Pelayo.*

hidrofobia mística y cogen la religión por las hojas como los rábanos...» (Págs. 55-56).

De esta época debe de datar también la pérdida de la te en la austeridad y respetabilidad de muchos sabios krausistas.

En el *Prefacio* de los *Solos de Clarín* se encuentra la siguiente frase bien significativa que señala la posición de Alas, respecto del krausismo, en esta época (1881):

«Pasando ahora a otro orden de consideraciones —esto es español, aunque malo—voy a exponer a ustedes el concepto y plan de mi libro, como decían los krausistas, mis amigos, cuando otro gallo les cantaba». (Pág. 9).

Se conformaba por entonces *Clarín* con significar su apartamiento de la escuela, pero ya había visto con su fina percepción de satírico todo lo que había de ridiculizable en el *tipo* clásico del *sabio* krausista. En aquella fantasía literaria titulada *La mosca sabia*, con la que inicia un género que había de llevar a la perfección en su última época, esboza ya *el tipo*, que llegó a ser de los mejores que creó, en aquel sabio, D. Eufrasio Macrocéfalo, a quien tan profundas elucubraciones cuesta el decidirse a matar una mosca que vive luengos años porque, según ella refiere:

«...Por fin, analíticamente, Macrocéfalo llegó a considerar que era derecho suyo el quitarme de en medio; pero como le faltaba el rabo por desollar, o sea la sintética que hace falta para conocer el fundamento, el por qué, D. Eufrasio no se decidió a matarme por ahora, y está esperando el día en que llegue al primer principio y desde allí descienda por todo el

sistema real de la ciencia, para acabar conmigo sin mengua del imperativo categórico.»

Cada vez expresa Alas más claramente su opinión sobre ciertos sabios krausistas; en 1885 dice, hablando de González Serrano, que había sido maestro suyo en la Universidad:

«Fué González Serrano discípulo predilecto de Salmerón, y explicó muchas veces en su cátedra de Metafísica. Comenzó siendo krausista *de los verdaderos, de los pocos que lo eran por esfuerzo real de la propia reflexión*; pero su carácter independiente, la fuerza y originalidad de sus pensamientos, le fueron dando poco a poco una especie de autonomía intelectual que le llevó a un *prudente criticismo que confieso que me enamora.*» (1).

Pocas veces habrá brillado con tanto esplendor el genio humorístico de *Clarín* como en su cuento *Zurita*, preciosa narración de una finura de análisis psicológico y de una concisión de estilo dignas de Flaubert. *Zurita* es un tímido, un tímido irredimible, con un carácter formado entre las estrecheces de su hogar; cohibido siempre, allá en el fondo de su alma nace la ambición de la gloria científica, y después de estudiar en Valencia llega a Madrid a aprender con aquellos sabios de fama, a los que admira y reverencia. Este espíritu sumiso es subyugado por la pedantería con que choca a cada paso, y cree y practica como artículo de fe cuanto le dicen los maestros. «En la fonda de seis reales sin principio en que hubo de acomodarse, encontró un filósofo cejijunto, taciturno y poco lim-

(1) *...Sermón perdido*, pág. 205.

pio, que dormía en su misma alcoba, la cual tenía vistas a la cocina por un ventanillo cercano al techo..., y no tenía más vistas.» A este tipo, con el que se ensaña *Clarín*, ha llegado después de los ensayos, que son el *Dr. Pertinax* y *D. Eufrasio Macrocéfalo*. Este sabio, que se llama D. Cipriano, hirsuto, silencioso y sentencioso da una lección de propedéutica krausista al humilde *Zurita*: «Ha de saber el licenciado Zurita que nosotros no leemos libros, sino que *aprendemos en la propia reflexión, ante nosotros mismos, todo lo que hay puesto en la conciencia para conocer en vista inmediata, no por saberlo, sino por serlo.*» Zurita se resigna ante esta jerigonza y la que oye en la Universidad, y *practica*, cada vez más puntualmente, las normas de vida de la escuela, con la esperanza, jamás lograda, de ver la Unidad del Ser dentro de sí. D. Cipriano, mientras se pone los calcetines, le explica que él ha logrado tal dicha en la Moncloa, «pero eso es accidental; lo que conviene es darse grandes paseos por las afueras. En las Vistillas, en la Virgen del Puerto, en la Ronda de Recoletos, en Atocha, en la Venta del Espíritu Santo y en otros muchos parajes por el estilo he disfrutado muchas veces de esa vista interior porque usted suspira.» Zurita consume su juventud tras este vano fantasma, renuncia a los placeres todos de la vida, se convierte en un ser estrafalario cuyo único consuelo es la convicción de haber logrado llegar a una norma ética perfecta. Pasan los años, y un buen día se encuentra *Zurita* al sapientísimo D. Cipriano, que volvía ¡de los toros! con su familia; se había casado con una rica tendera de la calle de Toledo; bautizaba sus hijos porque *había que vivir con el mundo*,

y explica al perplejo *Zurita* que se habían equivocado: «la investigación de la Esencia del Ser en nosotros mismos es un imposible, un absurdo, cosa inútil; el armonismo es pura inanidad, no hay más que hechos». Zurita, con su vida truncada para siempre, se recoge en sí mismo, se encierra en su timidez que él cree todavía ética krausista, gana una cátedra de Filosofía en un Instituto y llega a hacerse famoso en toda la comarca por su manera magistral de guisar el pescado. Aquel ruboroso y fracasado amante del ideal deja tras de sí, en el pueblo de Lugarucos, el recuerdo de ser insustituíble en los preparativos de un banquete; «cada vez que se trata de comer pescado, nunca falta quien diga: ¿Se acuerdan ustedes de las calderetas de aquel catedrático de Psicología y Lógica? ¡Ah, Zurita! ¡El gran Zurita! Y a todos se les hace la boca agua.»

Clara y manifiesta es la intención fuertemente satírica contra el krausismo y la observación del natural; pero Alas lo declaró más tarde paladinamente al defenderse de la acusación de plagio que el maldiciente Bonafoux lanzó sobre este cuento, tan íntimo, tan personal, tan vivido por *Clarín* (1).

A pesar de las prédicas positivistas que oye *Aquiles Zurita* en el Ateneo de Madrid; a pesar del ambiente que se respiraba en la vida intelectual de entonces, *Clarín* creyó siempre en la Metafísica, y cada vez se acentuó más en él la reacción idealista. La segunda época

---

(1) *Mis plagios*. pág. 35: «Mi *Aquiles Zurita* es un caballero tan honrado como sencillo, que vive y no lejos de mí, y no puedo nombrarle por mil razones, ésto puedo decirlo porque supongo que él no leerá papeles míos de *vaga* y *amena* literatura, pero dar más señas es ilícito... Por lo demás, mi *Zurita* tiene por objeto pintar dos clases de filósofos de escalera abajo, dos *ebionitas* de la filososía krausista-española, por decirlo así.»

del pensamiento de *Clarín*, que coincide con su entusiasmo por el *naturalismo puro* en la novela, fué también censurada por el *Clarín* plenamente idealista del tercer período.

Más adelante hablaremos de lo que fué el naturalismo para Alas; ahora señalaremos unos párrafos significativos que señalan la reacción en ilteratura que fué también paralela en el pensar filosófico de *Clarín*.

«En literatura los *microbios* se apoderan de todo bien pronto. La novela realista española, que tan brillante resurrección ha tenido, ya vuelve a estar comida de gusanos. De aquí el descrédito de la poesía entre las *maneras* literarias. ¿Versos? ¡Puf! ¡Describamos, analicemos, seamos hombres formales y pesados!» Si algunos jóvenes, no desprovistos de talento, se convencieran, mediante un estudio detenido de sí mismos, de que si no hay en sus libros fuerza, interés, poesía, no es porque así convenga a la salvación del arte, sino porque ellos no tienen suficientes facultades, nos ahorraríamos muchos tomos sin sustancia y un porvenir pavoroso de decepciones, censuras amargas e inevitables, y lo que es peor, de un naturalismo de especieros capaz de espantar a las musas por un siglo (1).»

Y en un artículo titulado *Los grafomanos,* se expresa así:

«Y cuando no fundadores, los grafomanos, por lo menos, se declaran apóstoles ardientes de novedades importadas, que ellos entienden a su manera. Voy a poner un ejemplo: el Naturalismo. Esta doctrina, en parte nueva,

---

(1) *Nueva Campaña*, 1887, pág. 17: *Los amores de una santa, por Palacio Valdés.*

en parte antigua, ha dado ocasión en España a un renacimiento de tontería literaria que nunca lamentaremos bastante. No hay aficionado cursi de las letras que no se sepa de memoria lo que dijo Gautier de sus chalecos de colores con motivo de las batallas de clásicos y románticos; no hay tampoco bobo literario que no haya querido ser actor en remedo de semejantes luchas incruentas; y como lo de clásicos y románticos ya se acabó, ahora se renueva la lucha entre naturalistas e idealistas, y unos acuden a defender los *eternos ideales* y otros la *imitación fiel de la Naturaleza, sin distinción de colores* (1).»

En 1890, en su folleto *Rafael Calvo* y *el teatro Español*, declara francamente su nueva posición respecto al naturalismo:

«... En aquel tiempo [cuando trató a Calvo personalmente] comenzaba yo a pasar el sarampión naturalísta; no creía apenas en el teatro, *género secundario*, y además creía que nuestros cómicos, en su mayoría, y esto sigo creyéndolo, eran cosa perdida» (pág. 61).

La reacción idealista de *Clarín* no fué algo aislado y personal, respondía a un movimiento europeo general, que tan claramente explicó Brunetière (2). El positivismo con su cándida pedantería, que dejó para siempre estigmatizada Flaubert en su inmortal *Mr. Homais*, no bastaba a resolver los eternos problemas de la mente humana. Después de los nuevos métodos atinados y seguros, después de los resultados prodigiosos de la investigación científica, los problemas últimos se erguían implacables, inconmovibles, como esfinges misteriosas que guardasen las puertas del secreto insondable del mas allá.

(1) *Nueva campaña*, 1887, pág. 54.
(2) *La Renaissance de l'Idealisme*, París, Didot, 1896.

Y en *Clarín* estas ideas tenían una fuente que creo es la clave de todas sus preocupaciones filosóficas: la idea de la muerte. Es esta una obsesión constante al través de su obra. En este párrafo, escrito en la época escéptica de *Clarín*, está el germen de todas sus evoluciones:

«Los enemigos del afán de filosofar verían acaso satisfechos sus deseos si lograsen suprimir el miedo a la muerte» (1).

En otra ocasión, mucho después, al hacer la necrología de su maestro querido, el gran humanista Camús estampó las siguientes reflexiones:

«No hay más remedio: tienen que ir muriéndose todos, y no por esto hay motivo para ser pesimista, ni vale llamarse a engaño; desde muy niños empezamos a persuadirnos de que somos mortales. ¡Ay! Sí; pero una cosa es creer en la necesidad lógica y ontológica de la muerte, a pesar de las graciosas e ingeniosísimas paradojas de esperanzas de eternidad epitelúrica del pobre Guyau (que ya se murió también); una cosa es saber que *morir tenemos*, y otra cosa es ir viendo la muerte alrededor nuestro, cómo va matándonos la parte de corazón que tenemos desparramada por el mundo, y cómo se va acercando, acercando, afinando la puntería hasta herir en el misterioso centro en que lo sentimos todo. No hay que ser pesimista, es verdad; digámoslo dando voces para animarnos los unos a los otros, cómo gritan, para entenderse entre los bramidos de la tempestad, los marineros náufragos que juntan en un sólo esfuerzo el valor y la energía de todos para luchar más tiempo con la fuerza inexorable que ha de arrojarlos, a todos también, al abismo. ¡No hay que

(1) *Solos de Clarín*, 1881, pág. 71.

ser pesimista! No; todo es relativo. La culpa de que nos muramos no la tiene la muerte siquiera, sino la vida. Es más: si sois jinetes bastante diestros para montar a la grupa en las paradojas de Schopenhauer, consolaos con saber que la muerte, en rigor, no existe; que no hay sensación, por dolorosa y extrema que sea, que no sea todavía de la vida: la muerte no se siente. A lo que no puede llegar el ingenio del filósofo es a demostrarnos que no se siente la muerte... de los demás. Y en los demás y en *lo* demás nos vamos muriendo nosotros como lo pintó muy *a lo vivo* el poeta Richepin en unos hermosos versos. El mismo día que yo tuve noticia de la muerte de Rafael Calvo, se me *había muerto* a mí un diente. ¡Qué tenía que ver el ilustre actor con mi incisivo! Para los demás, nada; para mí, mucho: eran dos cosas de mi juventud que se iban. Calvo, el ideal romántico del teatro Español que se me iba; algo del alma de mis veinte años, de los entusiasmos de *mi poeta interior:* el diente... ¡figúrese el lector si un diente tiene algo que ver con la juventud! ..» (1).

Este hombre, que pensaba con tal constancia en la muerte, que observaba atento su paulatina ruina, que se sentía morir en la muerte de lo que amaba, había *mirado cara a cara a la esfinge*, se había asomado al pavoroso abismo de la otra vida y no podía resolver frívolamente este problema. A la afirmación de su filosofía idealista acompañó bien pronto un resurgir lento y seguro de sus ideas y sentimientos religiosos.

En un interesante artículo nos muestra el Sr. Arboleya el cambio que sufrió *Clarín* en su vida al impulso de estos nuevos ideales. Veamos cómo se expresan estas

(1) *Ensayos y Revistas*, 1892, pág. 5.

ideas acá y allá, incidentalmente, en los ensayos críticos de Alas.

En una Revista literaria, tratando de la obra del docto catedrático de esta Universidad, D. Víctor Díaz Ordóñez, *La Unidad Católica*, se refiere a la necesidad de la religión en estos términos:

«¡Oh!, sí; hablemos mucho de religión, cada cual como la entienda; de la piedad antigua española, herencia de todos; y ya que por los pueblos de más cultura andan corrientes de idealismo renovado y depurado; ya que la filosofía y la historia se juntan para reconocer, una vez más, que el mundo es mucho más misterioso de lo que puede parecer a ciertos boticarios, y que el pensamiento y el corazón de los antepasados valieron mucho más de lo que opinan los asiduos lectores de las *Ruinas de Palmira*... ya que se habla de nueva metafísica...; acordémonos los españoles de que en esa tradición de los idealismos consoladores y vivificantes, tenemos nosotros nuestra gran leyenda; recojamos del fondo de nuestra historia el pensamiento primordial de nuestra vida de siglos, y volvamos con él a esa vida nueva que todo nos anuncia, haciéndolo servir con las transformaciones que en nuestro espíritu han realizado los elementos nuevos de la ciencia y del arte, en la gran colaboración que se nos pide en este *sursum corda* que por todas partes se anhela» (1).

Y al final de este mismo estudio añade:

«La explicación del cómo y por qué una defensa de la unidad católica puede inspirarme a mí estos sentimientos de concordia y de restauraciones idealistas, sería muy larga, exigiría muchas referencias al estado del pensa-

(1) *Ensayos y Revistas*, 1892, pág. 214.

miento y de la literatura en otros países, a los caracteres principales de nuestro genio nacional y a otras muchas ideas y recuerdos, de que hablaría muy a mi placer si me atreviese a escribir un libro sobre las creencias de los angustiados hijos de los años caducos del siglo XIX».

En los escritos de estos años se observa en *Clarín* un amor y un respeto cada día más acentuados a la tradición española, tan ligada, en muchos aspectos, con el predominio del catolicismo en Europa.

Desde este punto de vista idealista siente él la figura de Renán, y es de observar que la manera de entender a Renán que tuvo *Clarín*, *Mi Renán*, como él dijo en un palique memorable, es hoy día el Renán de todo espíritu amplio y abierto que aprecie la belleza y la grandeza espiritual, venga de donde viniere.

Y en este mismo *Palique*, al hablar de la educación religiosa de Renán, escribe las siguientes frases, que parecen salidas de la pluma de Menéndez Pelayo:

«En ninguna parte como en España importa que sepan mucho y conozcan la teología, la antigüedad clásica, las lenguas orientales, la filosofía tradicional y la moderna los que hayan de combatir lo que se llama, con estúpido desprecio, las *antiguallas*. No basta llamar *neos*, más o menos líricamente, a los que se agarran a la tradición, al fin sagrada por muchos conceptos.

En la patria de Melchor Cano, de San Ignacio y de Santa Teresa se necesita *mucho lastre* para decir cosas nuevas, cosas contrarias a las consagradas por la pátina del tiempo y por los resplandores del genio.

Y lo primero que hace falta para decir *lo nuevo* es conocer bien lo viejo, penetrar su valor, saber sentirlo, y hasta amarlo, en lo que tiene de amable. Que es lo que

sabe hacer Renán, el discípulo de los sabios y los santos y los mártires de San Sulpicio (1).»

Pero no hay que confundir este tradicionalismo de *Clarín*, tan consciente, fundado en motivos tan ideales y elevados, con el tradicionalismo al uso. Pensaba él que:

«El patriotismo arqueológico exige, para no ser una *frialdad*, una abstracción, o mucha fe candorosa, o *mucha ciencia positiva*. ¡La historia! ¡Bah! La historia... por de pronto no es lo mismo que *los libros* de historia, que es lo único que tenemos a la vista. Se lo decía Fausto a Wagner.

Mein Freund, die Zeiten der Vergangenheit
Sind uns ein Buch mit sieben Siegeln.»

El idealismo y la religiosidad, cada día más acentuada, del espíritu de *Clarín*, en sus últimos años, se reflejan en toda su obra literaria de este tiempo. Entonces llega la madurez, con un estilo preciso, lleno de fluidez y transparencia, expresión perfecta de aquella manera aristocrática, que conserva en su fondo todo el idealismo de los años juveniles, sin la forma alborotada de entonces, unido a un cierto tono gris de lejanía, producto de la melancolía serena que siempre llega, en el otoño de la vida, a los hombres que han pensado y han sentido mucho.

***

Alas, catedrático.

En la labor crítica de *Clarín*, en sus *Paliques*, aún en el más ligero ensayo, encontramos, frecuentemente, al profesor que, sin pensarlo, adoctrina en medio de una polémica o de un artículo.

(1) *Palique*, 1893, pág. 164.

¡Cuántas lecciones de gramática no dió *Clarín* en sus críticas de libros! Y es que Alas, aún en medio del ajetreo de la literatura periodística, tan propensa a la vacuidad y a la ligereza, no podía olvidar su seria formación universitaria, humanística y filosófica.

Los que asistieron a la cátedra de Alas podrán hablar de sus métodos de enseñanza; pero yo creo adivinar, dadas las preferencias de *Clarín*, cómo serían aquellas lecciones que tan honda huella labraron en el espíritu de cuantos las oyeron.

No sería Alas el profesor rígido y metódico que explica mecánicamente todo un programa árido y frío siguiendo las exigencias del curso oficial. Alas, continuando en esto una fecunda tradición de indisciplina muy española, derramaría en esa hora de la clase su espíritu generoso, tomaría pie de cualquier tema para divagar; para poner en contacto su alma con la juventud enseñándola algo más elevado y luminoso que la lección del día, moldeando su espíritu con amor, haciendo, como Sócrates, de partero de almas; *educándola*, en suma, para poder marchar ágil y segura en sí misma por los ásperos caminos de la vida.

Clarín nos dejó una cálida y sentidísima necrología de aquel gran humanista que fué Camús, de cuya clase dijo Menéndez Pelayo:

«No era un comentario ni una interpretación de la antigüedad lo que de allí sacábamos, era la fascinación del mundo antiguo, que allí resucitaba a nuestros ojos y que por todas partes nos envolvía.»

En esa semblanza nos muestra *Clarín*, con desenfado y sin ninguna seriedad académica, sus ideas pedagógicas (1).

(1) *Ensayos y revistas*, 1892, pág. 5: *Camús*.

«Pero lo que *explicaba* Camús... ¿era literatura latina? A ratos, sí; a ratos, no. Esos partidarios entusiásticos de los programas oficiales que piden a grito pelado desde las columnas de los periódicos más leídos que cada catedrático explique, sin dejar una coma, *todo el programa* de la respectiva asignatura en los ocho meses *nominales* de cada curso, tendrían un gran disgusto asistiendo a las clases de Camús.» Alas huía de la pedantería académica en todas partes:

«Hay cierta fragancia de libertad y de airosa espontaneidad en los autores que no recuerdan la *escuela*, que en vano querrán comprender los partidarios de mezclar su sabiduría, más o menos sistemática, seria y profunda, con la obra de las Gracias: *Qui potest capere, capiat.*»

Alas detestaba también todos los formulismos de la enseñanza y a los pseudopedagogos que se pasan la vida pedantescamente cacareando las excelencias de sus métodos y sin poder enseñar nada porque nada saben. La cátedra familiar, sin pedantería, sin barreras ridículas entre el maestro y el discípulo, la cátedra luminosa, llena de cordialidad, de amor, era el ideal de *Clarín:*

«En la cátedra de Camús, dice textualmente Alas, la literatura era lo menos catedrática posible; pero aun antes que ésto, la enseñanza era lo menos académica posible. Generalmente lo que repugna en el estudio a los escolares no es el fondo del estudio mismo, no es el saber, sino la tradicional disciplina, que tiene siempre algo de superstición impuesta, que se parece, más o menos, siempre a una cabala, a un rito misterioso, a una autoridad que se reserva todo un mundo de esoterismo y que va dando por píldoras la ciencia a los que aspiran a iniciados. El elemento administrativo, el elemento de las frivo-

lidades plásticas (trajes académicos, borlas, discursos de apertura, colores de Facultad, etc . etc.), ayuda grandemente a esta corrupción idolátrica.....

Como el pez en el agua están los tales asimismo, con su famosa ciencia (¡oh ciencia!) consignada en un libro de texto, con fórmulas sagradas, con invariable método (¡oh método!) que va de lo *fácil* a lo *difícil*, de lo *conocido* a lo *desconocido*, etc., con sus admiraciones y vituperios tradicionales... Dentro de la misma enseñanza profesional, en todas las naciones adelantadas, hay ya, a estas horas, una saludable tendencia de protesta...; pero en esa misma tendencia abundan las medianías que oyen campanas y no saben dónde: el pedantismo contra el pedantismo.....»

«Por desgracia, esta *naturalidad* de la educación y de la instrucción se *desnaturaliza* muchas veces, se hace afectada y pierde toda la gracia y degenera en mueca de hipocresía inconsciente, en convencionalismo de medianías y nulidades servilmente imitadoras de apariencias y formularios, que es lo único que comprenden. En la cátedra de Camús, la *naturalidad* era verdadera, porque le salía á él del corazón, porque era él un pedagogo *natural*... naturalmente.»

Como hemos visto, fué Alas profesor de varias asignaturas en la Facultad de Derecho; pero, según creo, alcanzó una sólida cultura de romanista, merced a sus humanidades, y fué un profesor de Derecho natural con personalidad gracias a su profunda formación filosófica. Era Alas un catedrático de Derecho; pero profesaba él aquel alto concepto del jurisconsulto que palpita en el Derecho romano cuando exige en el jurisconsulto, al definir la jurisprudencia, *divinarum atque humanarum rerum notitia*...

Esta misma idea es la que tuvieron los grandes jurisconsultos humanistas del Renacimiento, y es la que expresa muy bien en las siguientes frases uno de los más geniales y profundos canonistas y romanistas que produjo el Renacimiento europeo, nuestro gran Antonio Agustín:

«No juzgo yo que tú apruebes el sentir de aquéllos que quieren que la Jurisprudencia carezca, no solamente de todo adorno, sino también de aquel jugo y sangre que se conoce que está esparcido por todo el cuerpo del Derecho, por razón del conocimiento de una y otra lengua, y de la pericia de la antigüedad y de los tiempos» (1).

Muestra bien clara de que ésta era su opinión la dió en el memorable discurso de apertura que leyó diez años antes de su muerte en esta Universidad.

Tres ideas principales informan este escrito, uno de los mejor pensados que salieron de la pluma de *Clarín*. La defensa de la enseñanza contra el *utilitarismo*, sostenido por muchos doctrinalmente, v practicado empíricamente por algunos inconscientes; la necesidad de la enseñanza de las lenguas clásicas y la defensa de la educación religiosa.

Nunca creo que se haya hablado en España contra el utilitarismo en la enseñanza con tan elevadas razones, con tanto entusiasmo y elocuencia como lo hizo el gran idealista en esta ocasión.

«Ni la vida, dice, es para la utilidad empíricamente considerada fuera de toda finalidad metafísica, ni la enseñanza es directamente para fin alguno ajeno a ella mis-

---

(1) *Emendatiomum et Opinionum*... Livguni, 1574. pág. 172. Epistola *Ad Antonium Pernotum*: «Nequenim existimo te illorum probare sententiam, qui juris scientiam carere volunt omni non solum ornatu, sed etiam succo. et sanguine, qui ex utriusque linguae cognitione, antiquitatis tempororumque peritia toto corpore cognoscitur esse difussus».

ma, y que así como el arte solo llega a ser útil a otros fines si primero se le deja ser quien es, solo arte, así la ciencia solo da sus frutos de bien individual y social cuando se cultiva por ella misma.»

Y en una época, como ésta que vivimos, tan poco dada a idealismos, Alas se atrevía a decir:

«No lo dudemos: el individuo no vive de utilitarismo, el individuo cree o padece dudando, o se desespera y niega, o niega sin dolor por enfermedad del espíritu, o por esfuerzo moral que puede tener su misteriosa grandeza, su idealidad negativa, pero no por eso menos idealidad. Hay que insistir en esto: todos los adelantos modernos, todas las doctrinas sensualistas y positivistas, toda la preponderancia económica, no ha hecho del hombre un ser diferente de lo que era, un ser con espíritu racional, para quien, satisfechas ciertas elementales necesidades económicas, *lo principal es vivir para el alma* de una u otra manera.»

«La sociedad no muere; pero su organización está influída en mil respectos por la idea de la muerte. Bien se conoce en todo que es una sociedad de mortales. Y, sin embargo, a lo que parece que tiende el utilitarismo es a engañar al mísero mortal haciéndole trabajar en una clase de actividad de fines colectivos, si no superiores, extraños a la muerte. Pero, ¿quién se deja engañar? Cada cual, pensando en la muerte, da cierto sentido trascendental a la vida. La idea de la muerte, decía yo antes, nos aisla del mundo; sí, del mundo que vemos y tocamos, del que nos rodea, pero nos abre otros horizontes ideales, nos hace dar un valor sustantivo, como simbólico, de toda la realidad virtual que no vivimos, a la vida breve de que tenemos conciencia; más o menos, todos venimos a reve-

lar la existencia *sub especie æternitatis*, podría decirse... El desinterés que suaviza el dolor de morir, de la idea de la muerte se alimenta. Y ese desinterés, referido a su fundamento, es la idealidad, y esa idealidad, en relación a la belleza, es el arte, y en relación al sentimiento de la unidad fundamental, es la religión, y en relación a la verdad es la ciencia pura, o, por lo menos, la investigación racional desinteresada. ¿Queréís ahora que la sociedad viva conforme a su propio bien? Buscad el cumplimiento del fin racional de sus elementos *humanos*; haced que la sociedad viva especialmente atenta a una idealidad que hemos visto que para el hombre es lo más interesante y lo más desinteresado. Y como la educación del pensamiento, la enseñanza, es uno de los fines sociales, concluyamos legítimamente que, en el sentido explicado, la instrucción debe inspirarse en general, no en el utilitarismo, sea individual o colectivo, sino en la naturaleza humana, según es para este respecto el de conocer la verdad, a saber, desinteresada» (1).

Esta es la idea capital que informa el discurso, y dirigido por ella, examina, luego, Alas la cuestion de la enseñanza clásica y la del laicismo en la educación.

Creía *Clarin*, con verdadero entusiasmo, en la necesidad del conocimiento de las lenguas clásicas, pero no enseñadas pedantescamente.

«Las letras clásicas, pensaba, explicadas por maestros como D. Alfredo Adolfo Camús, a nadie le sobran; las letras clásicas, explicadas por los pedantes, por el vulgo del *profesorado mecánico*, no sirven para nada» (2).

---

(1) *Un discurso*, 1891, págs. 58-60.
(2) *Ensayos y Revistas. Camús*, pág. 29.

Para que la enseñanza clásica pueda tener un interés general, no de especialista, entendía *Clarín* que debía hacerse con el criterio de Camùs, claramente señalado por Menéndez y Pelayo en estas frases:

«No era aquel hombre un filólogo en el riguroso sentido de la palabra: respetaba mucho a los que lo son; pero no se atravesaba en su camino; entendía que las palabras son piedras y que las obras literarias son edificios; y más que contemplar la piedra en la cantera, gustaba de verla sometida ya a las suaves líneas de la euritmia arquitectónica. Entendía, y no faltará quien entienda como él, que el mayor fruto que puede sacarse del dominio de una lengua no es el estudio de sus raíces ni de su vocabulario, sino el estudio de sus grandes poetas... El doctor Camús era el tipo más perfecto y acabado de lo que en otro siglo se llamaba un *humanista;* es decir, un hombre que toma las letras clásicas como educación *humana,* como base y fundamento de cultura, como luz y deleite del espíritu, poniendo el elemento estético muy por cima del elemento histórico y arqueológico, y relegando a la categoría de andamiaje indispensable, aunque enojoso, el material lingüístico» (1).

De este modo concebida es a todo estudioso necesaria la enseñanza clásica, preparando su espíritu para recibir la admirable lección de armonía, de equilibrio, de serenidad, que dejaron a la humanidad los pueblos antiguos con su civilización.

El renacimiento de las ideas religiosas que hemos observado en los últimos años de la vida de *Clarín*, tiene su influencia evidente en este discurso, donde se declara pa-

(1) *Ensayos de crítica filosófica*, 1892, páginas 10-11.

ladinamente enemigo del laicismo: «Porque téngase en cuenta, dice, que en este punto el abstenerse es negar; quien no está con Dios, está sin Dios; la enseñanza que no es deísta, es atea.»

Clarín, no obstante, no se declara partidario dogmático de ninguna religión, y no muestra, como en toda la religiosidad de su última época, mas que un vago deísmo que ofrece grandes semejanzas con la posición espiritual de Renán, uno de los grandes ídolos de *Clarín* (1).

El espiritualismo de Alas informó, como es lógico, su actividad como profesor. En *El sombrero del señor cura*, alude al espiritualismo constante de que hizo alarde en su cátedra:

«Hace tres lustros yo me presenté en mi cátedra con un *sombrero* que no estaba de moda; tenía, es claro, buen cuidado de explicar siempre, porque en punto a filosofía hay que atender poco a los sombreros que lleven los demás; pero con todo, por conciencia, también advertía siempre que lo corriente entonces no era pensar así.»

«El positivismo (¡y qué positivismo el que llega a las *masas* de los ateneos, academias, cátedras, foros, congresos, clubs, anfiteatros y *laboratorios!*), era en aquellos días, aquí en España, la última palabra. Yo combatía con toda la fuerza de mi convicción las teorías capitales del positivismo, sin negar sus méritos, sus servicios, sus verdades particulares, ni el genio y el talento de tales o cuales positivistas. Era yo joven y parecía en cátedra un viejo, un rezagado.»

«Pasaron los años... y mi *sombrero*, como el del cura

---

(1) En el interesante *Discurso* del Sr. Buylla, que cito en la bibliografía, puede completarse el estudio de las ideas pedagógicas de Alas.

de la *Matiella,* está, por esos mundos del pensamiento, de moda, a la última... ¿Por qué no decirlo a los discípulos? Se lo digo con cierta satisfacción contenida, hasta algo melancólica...

»Mis ideas son novísimas, mi tendencia la de los jóvenes maestros de Europa y América..,; pero yo no parezco un joven, porque voy siendo viejo de veras.

»Y como para el viejo, aunque no sea perro; no hay *tus, tus*, sin que deje de halagarme el ver en autores *flamantes* confirmadas mis opiniones, no siento por ello demasiado calor.

»Y como el cura de la Matiella, aunque pase la moda de mi sombrero, pienso conservarlo hasta que me muera... y acaso después. *Et nunc et semper*» (1).

Clarín sentiría, seguramente, las mismas inqu'etudes espirituales de aquel profesor *Glauben*, de nombre simbólico, que tan cariñosamente engendrara con su imaginación de cuentista (2).

* * *

Clarín, crítico.

Es Leopoldo Alas, para muchos, un crítico violento y mordaz, recordándose, generalmente, sus polémicas y discusiones que, en ocasiones, llegaron a ser personalísimas.

Pero detrás de ésto, informando toda la crítica de *Clarín,* están las doctrinas de éste; su crítica no fué inconsciente y frívola, respondía a un ideario bien definido y claramente expuesto en sus libros.

---

(1) *El gallo de Sócrates (colección de cuentos); El sombrero del señor cura* págs. 119-20.

(2) Véase el cuento *Un grabado* en *Cuentos morales,* 1896, pág. 139.

Clarín no ensayó nunca la crítica histórica, el estudio crítico de los autores que pertenecen al pasado literario. Él dice en diversos lugares: *yo no soy un erudito ni un historiador*. Y no es que *Clarín* despreciase, ni mucho menos, la investigación histórica. Él dá las razones de por qué no cultivó este género de crítica:

«Yo no soy un erudito, porque no tengo sabiduría para ello. Yo no sé lo que saben un Menéndez Pelayo, un Valera, etc.. y no quiero parodiarlo. Sabría lo bastante para fingir con regular resultado la erudición que otros aparentan; pero antes que eso, verdugo. Doña Emilia Pardo Bazán me aconsejaba hace tiempo que escribiera un trabajo acerca de Juan Ruiz el Arcipreste, o de Quevedo, etcétera, etc., y hasta me dejaba entrever la esperanza de que por ese esfuerzo de mi erudición me darían quince duros,.»

«Si yo fuera un erudito de veras y tuviese algo nuevo y bueno que decir del Arcipreste o del señor de la Torre consabida, lo habría dicho sin que nadie me lo aconsejase y sin el señuelo de los trescientos reales» (1).

Y *Clarín* tenía condiciones para este género de crítica como lo muestra su conferencia sobre Alcalá Galiano, excelente reconstitución psicológica, valiéndose de sus entonces inéditas *Memorias*, y algunos rasgos sueltos de sus obras en que, incidentalmente, alude a épocas o autores de nuestra historia literaria.

Fué, pues, *Clarín* un crítico militante, que sólo se ocupó de los autores y de las ideas de su tiempo. Y es iududable que, si en general, en crítica todo juicio es siempre sub-

---

(1) *Folletos literarios; VII. Museum*, pág. 11.

jetivo, en esta clase de crítica es más difícil lograr la objetividad, siendo en realidad un contraste o choque entre las ideas del autor y del critico, sin la serenidad y la perspectiva que proporciona el transcurrir del tiempo, sin la comprobación que supone los diversos juicios sufridos al través de las distintas generaciones.

Esta crítica, en un temperamento entusiasta e impulsivo deriva, sin querer, hacia la polémica, y por eso es tan difícil separar, en algunas ocasiones, en *Clarín* al crítico del satírico.

Tenía, ante todo, *Clarín*, el afán de la crítica libérrima justa o equivocada, pero no coartada nunca en sus juicios por las consideraciones sociales o por la amistad. Esta independencia era el mayor orgullo de *Clarín* haciendo alarde de ello repetidas veces:

«Aquí veran ustedes, dice, una imparcialidad a prueba de *bombo;* a nadie se adula ni se le quitan motas, y en cambio a cuántos poetas chirles Dios crió, y crió muchos, Él, en su alta sabiduría sabrá por qué, se les dice cuántas son cinco y otra porción de verdades matemáticas.»

«Un libro de crítica que tiene este mérito vale un Perú, aunque no lo cuesta. En Madrid, la sociedad de los literatos, no debiera llamarse república de las letras, sino «La Unión», Sociedad de Seguros Mutuos contra críticos; aquí todos somos eminentes, y la gramática no parece» (1).

Para lograr esta ansiada independencia de un modo absoluto, emprendió *Clarín* la serie de *Folletos literarios*.

---

(1) *Solos de Clarín*, 1881, pág. 10.

Al frente del primero (*Un viaje a Madrid*) expone los motivos que le han llevado a acometer esta publicación:

«Sigo pensando que uno de los mayores males de nuestra vida literaria actual es la benevolencia excesiva de la crítica; huyo de ella siempre, y esa benevolencia me persigue, me invade, quiere imponérseme; parece un ambiente que no hay más remedio que respirar si no se quiere morir. Pues estos folletos son un parapeto para defenderme de los ataques de la benevolencia: quiero ser justo, quiero ser imparcial; nunca he aspirado a otro mérito en mis humildes trabajos de revistero literario, como con justicia me llama un pobre diablo mi enemigo, y ¿por qué perder esta única cualidad buena? Que me llamen cruel, duro, implacable, apasionado, algunos espíritus perezosos que acaso me quieren bien, ¿qué importa? Más razón tienen los que dicen que debo seguir los impulsos de mí temperamento. Sí, esto quiero, a esto me decido. Si de aquí puede nacer alguna sorpresa para algún lector, quizá para algún autor, en buen hora; todo menos torcerme, todo menos decir lo que no siento» (1).

Claramente veía Alas (2) los disgustos y las enemistades que iba a cosechar siguiendo por este camino; pero no le arredró nada, y cumplió el programa trazado con creces, pues si de algo peca su crítica es de excesivamente severa; sólo en contadísimas ocasiones pudiera tachársele de benévolo con algunos *consagrados* de su tiempo y aun eso por razones bien ideales como luego veremos.

---

(1) *Folletos literarios*, I. *Un viaje a Madrid*, 1886, pág. 8.

(2) Véase especialmente: *La crítica y los críticos* en *Solos*... págs. 13 y siguientes; *Carta a un sobrino disuadiéndole de tomar la profesión de crítico* en *Nueva Campaña* y *Un viaje a Madrid*, ya citado.

Indignaba a *Clarín* ese tipo de escritor, tan frecuente en España, que, como *Fray Gerundio*, dejaba los estudios para meterse a... crítico:

«Si lo que vale es el juicio de los que no saben una palabra, hoy la crítica ha llegado a un florecimiento asombroso. ¿Qué es, en rigor, lo que hace falta para escribir *juicios críticos*, como dicen los aficionados? En rigor no hace falta más que mimbres y tiempo. Pluma y papel y un periódico que se preste a publicar cualquier cosa; esto es lo indispensable y esto donde quiera abunda... Hemos abolido la retórica: bajo pretexto de que había demasiadas figuras, nos hemos quedado sin ninguna... De la gramática, no se diga, por galicismo más o menos, no hemos de reñir... La estética ya no es cosa tan baladí, pero no hace falta estudiarla; todos tienen su estética en su armario, y con saber cinco o seis terminachos de filosofía de esos que andan por los periódicos y por los discursos, no falta nada, como no sea barajarlos sin tón ni són, y salga lo que saliere.»

«Por lo que toca a estudios de erudición clásica, Dios nos libre de ellos, porque si sabemos de esas cosas, *se nos llamará neos, obscurantistas y se dirá que tenemos mucha memoria pero poco talento, y que no sabemos sintetizar, y que somos amigos del pormenor insignificante de puro poco filósofos que somos.* Algo se necesita saber de literaturas antiguas y modernas; pero todo ello cabe en una hoja de perejil, y *querer más es degenerar en pedante, ratón de bibliotecas*, etc., etcétera» (1).

---

(1) *Solos de Clarín*, págs. 13-14.

Este párrafo parece escrito para muchos *intelectuales* de hoy. ¡Qué poco hemos cambiado desde los tiempos de *Clarín!*

Este mismo *Clarín* que se lamenta de la incultura de los críticos y hasta de la ignorancia de los retóricos, no creía que el instinto crítico, ese *quid divinum* que hace *sentir* de nuevo, a su manera, al crítico la obra creada por el artista, podía ser suplido por la erudición, y mira con escepticismo todo el andamiaje de la teoría literaria de su tiempo:

«Aquí nos hemos reído mucho de la antígua retórica, que tenía una casuística para el arte; pero, en mi opinión, no serán menos ridículas, andando los tiempos, estas divisiones y subdivisiones de géneros y *subgéneros*, que son como casillas estadísticas, a que ha de sujetar el artista el vuelo de su fantasía. El día en que la verdadera ciencia de la literatura sea conocida, se podrá legítimamente determinar cuál es la natural distinción de género a género; pero hoy que tal ciencia no existe (y ningún espíritu serio y sincero dirá otra cosa), exigen la verdad, la justicia y hasta el buen gusto, cierto latitudinarismo en la crítica, respecto al fin y límites de las obras de arte; y a falta de dogmas evidentes, gran poder de intuición, estudio prolijo y reflexivo de los modelos que, sin degenerar en empirismo sistemático, si vale hablar así, se aparte de la abstracción seca y fría, nociva en todo, pero más que nada en materia estética» (1).

Clarín, en medio de las altas y bajas que sufrió el concepto de la crítica en el siglo XIX, conservó siempre

(1) *Solos de Clarín*, págs. 178-180.

un criterío propio y sereno, expuesto concretamente en el prólogo de *Paliques:*

«*Ya no hay crítica*, han gritado con efusión algunos autores. *La hay, pero ya no es lo que era, han dicho otros... como no hay un cánon estético seguro, no juzga...* Los que no conciben una crítica nueva sin que muera otra vieja, piensan cosas por el estilo:

«La crítica primero fué retórica... Después fué erudita, histórica... con Villemain. Histórica anecdótica con Sainte-Beuve. Fisiológica con Taine. Sociológica con Posnet, y, en otro respecto, con Guyáu. Científica propiamente con Hennequín. Psicológica con autores como Bourget, por citar uno solo. Subjetiva y humorística, v. g., con Lemaitre. Sensacional y *egoísta* con Anatolio France, v. gr., con Barrés, etc.»

«Creadora, artística, estética... con los neo-idealistas. Teratológica con Max Nordau... Política y liberal con Brandes... *Et sic de coeteris.*»

«Está bien; todo eso es, a poco que se levante el brazo, legítimo y oportuno, a su modo y en sazón; pero a condición de que cada clase de crítica deje vivir a las demás, *que son tan legítimas como ella;* y a condición también de que se reconozca que *siempre merecerán mejor que los otros el nombre de* CRÍTICA LITERARIA aquellos gáneros de crítica que sean: 1.°, *crítica*, es decir, *juicio*, comparación de algo con algo, de hechos con leyes, cópula racional entre términos homogéneos, y 2.°, *literaria*, es decir, de arte, estética, atenta a la *habilidad* técnica, a sus reglas absolutas o relativas. Pensar que se puede prescindir de esta clase de crítica, es sencillamente absurdo.» (1).

(1) *Palique*, 1893, págs. XII-XIV.

Mucho se podría hablar acerca del primero de estos puntos, discutiendo la posibilidad de las normas y de la objetividad de esa comprobación entre *hechos* y *leyes;* pero es evidente y plena la razón con que adjudica a la crítica el papel de comprobadora de la pericia técnica del artística, a quien se podrá reconocer el derecho a todas las *herejías* y libertades geniales que se quieran, pero no a la *ignorancia* del material que maneja.

Por estos derroteros ha de marchar la crítica si quiere tener, en lo posible, ciertas garantías de objetividad, y es notorio la luz que proporciona, aún para una crítica psicológica y elevada, el estudio *estilístico* de una obra, *el desmontar* la forma de su expresión para poder apreciar su valor de una manera consciente y segura (1).

Esto es lo que se ha llamado despectivamente, y, en ocasiones con fundamento, *crítica de dómine*. Pero esta crítica de dómine ha de evolucionar, y, siguiendo los progresos de la *lingüística,* llegará la crítica literaria a disponer, para sus juicios, del precioso instrumento del análisis estilístico del idioma.

Desde este punto de vista hay que mirar la preocupación de Alas por la corrección gramatical, y su criterio respecto al casticismo, *no académico,* que expresa así:

«Escribo sin pensar en las generaciones venideras; escribo para mis contemporáneos, y escribo... con algunos galicismos.»

---

(1) Buena prueba de ello es el excelente libro de Julio Casares: *Crítica profana*, en que tan agudamente son estudiados los *procedimientos* técnicos de los escritores de que trata.

No porque yo los busque de intento *haciendo alarde de un cosmopolitismo gramatical que no entra en mis principios*. Los galicismos y demás barbarismos que tengan su madriguera en este libro son involuntarios, absolutamente involuntarios, y yo los retiro desde luego, señores académicos, porque mi ánimo no es ofender a nadie, y a la gramática española mucho menos» (1).

Y en otro pasaje, ya citado:

«...aquí todos somos eminentes, pero la gramática no parece.» (2)

Veamos, por último, sus ideas sobre la crítica de partido. *Clarín*, el *partidista Clarín*, se entusiasma con aquella frase de Menéndez y Pelayo, en que hablando de Byron, coloca al genio por encima de las clasificaciones de los hombres: «Espíritus de tal energía, sea cualquiera el cauce por donde le han hecho correr, tienen en su propia fuerza inicial un título aristocrático que se impone a todo respeto»; y *Clarín* comenta esto diciendo: «Para mí esta frase es sublime, de un *sublime critico*, fecundo en enseñanza. Encierra el principio más exquisito de la crítica moderna» (3).

En otro lugar se lamenta del apasionamiento de los criticos llamados de *escuela*:

«Deplorable fuera que las polémicas literarias entre los críticos llegaran a apasionar los ánimos hasta el punto de no reconocer los de una escuela el mérito de las obras de cuantos escriben guiándose, más o menos, por los cánones de la contraria.»

---

(1) *Solos de Clarín*, 1881, pág. 9.
(2) *Ibid*, pág. 10.
(3) *Obras completas*, t. I: *Galdós*, pág. 24.

Síntomas se notan de este mal, y sería una triste gracia que nuestros pocos literatos buenos padeciesen esta nueva injusticia, después de tantas como sufren con paciencia evangélica.» (1)

Estas son las ideas que profesaba *Clarín* sobre la crítica; veamos ahora hasta qué punto las llevó a la práctica.

Es evidente que una gran parte de la crítica de Alas cae dentro de los límites de la sátira, y a veces de la sátira acre y personalista. Este fenómeno es debido, en parte, al temperamento de *Clarín*, y en parte, también a la producción literaria tan endeble, en ocasiones, que le tocó juzgar. Todos los grandes satíricos han sido engendrados por el medio, y Alas no podía ser una excepción. Hoy día algunos escritores, por ejemplo, *Azorín*, tachan a Alas de excesivamente benévolo con los *consagrados* de su tiempo; es posible, y ya veremos por qué; ¿pero podrá nadie, en justicia, acusar a *Clarín* de incomprensión para algún *gran* literato?

A todos ellos, aun a los de campo opuesto, les hizo justicia *en cuanto escritores*, aunque discrepase de su *tendencia* filosófica o política. Lo *otro*, la sátira violenta, era una necesidad de su temperamento, y tenía, además, una justificación, que él expuso muy ingeniosamente y con miras bien elevadas, llamando a esta manera de crítica, *crítica higiénica* y *policiaca:*

«Pues, ahora bien: entre las maneras varias de la crítica, *directamente literaria*, está, sin duda, la que yo me atrevo a llamar en broma, por lo que respecta a los epítetos; pero, en serio, por lo que toca al fondo, la crítica...

(1) ...*Sermón perdido. Tormento, novela de D. Benito Pérez Galdós*, página. 51.

higiénica... y policíaca. Me explicaré. Crítica higiénica y *policiaca* fué la que ejerció Boileau combatiendo el mal gusto y los adefesios... mediante alusiones satíricas, y otros recursos legítimos, que transcendían de la pura especulación crítica, de la abstracción retórica para llegar al amor propio de quien merecía el castigo de malas obras. Perseguir el pecado y olvidar al pecador es muy santo y bueno cuando se trata de pura predicación moral; pero preguntadle al director de almas si para conseguir frutos de provecho no necesita él pensar en el pecador, éste o el otro, un *individuo* precisamente, tanto como en el pecado mismo... En España estamos, o están muchos, despreciando los pocos elementos de verdadera cultura que tenemos; personas que hasta se tienen por hombres de Estado desdeñan el tratar con sinceridad y seriedad completa los asuntos ideales y estéticos... y se aplaude lo malo, si intriga; y se crean reputaciones absurdas en pocos días; y es inútil trabajar en serio, ahondar pensando, ofrecer la delicadeza y el sentimiento en el arte. Nadie ve, nadie oye, nadie entiende nada; y los que pudieran ver, oir y entender, se cruzan de brazos, se ríen, como si fuese baladí todo esto. ¡Baladí, y esa marea que sube es la de la barbarie!... Bien puedo decir que cuando más lucho es cuando escribo estos *paliques* que algunos desprecian, aun apreciándome a mí por otros conceptos; estos paliques, que muchos tachan de frívolos, malévolos, inútiles para la literatura. Son inútiles por la pobreza de mis facultades, no por la intención, no por la naturaleza del género. Son crítica *higiénica* y *de policia*; son crítica aplicada a una realidad histórica que se quiere mejorar, conducir por buen camino.»

«...Se dice con razón, en general: la crítica debe estu-

diar lo bueno para ayudar a perpetuarlo; lo malo solo merece olvido; ya se morirá por su propia inercia. En España, hoy, no hay tal; no rige eso. Aquí lo malo prospera, sube, florece, ahoga lo bueno, lo acoquina si se le deja. ¡Qué de famas irritantes, de escritores hueros, necios, vulgarísimos, no ha habido que combatir, como quien apaga un incendio, durante estos veinte años!... Y en tierra que esto pasa, ¿no ha de ser necesaria la crítica higiénica y de policia?»

»Y la policía ya se sabe que no consiste sólo en perseguir a los malhechores, sino en proteger a las personas honradas. Aquí no sólo hay que atacar a los malos escritores, sino que también es necesario *defender*, no sólo juzgar, a los buenos» (1).

Esta larga cita justifica la posición satírica de *Clarín*, en gran parte, de su producción crítica. Recuerdo haber leído, a los seis u ocho años de la muerte de *Clarín*, un artículo titulado *La palmeta de Clarín*, en que su autor echaba de menos esa *palmeta*, símbolo de la crítica justíciera de Alas. Y es cierto, la crítica no se ejerce hoy del modo regular y fijo que lo hacía *Clarín*, y, salvo honrosas excepciones, los llamados críticos sólo salen de su silencio para *meterse* con un autor que les moleste o para dar un *un bombo* a un amigo.

Y esta crítica *higiénica* la practicaba *Clarín* con energía, sin contemplaciones, casi con crueldad a veces. En ocasiones sintetiza, en una frase gráfica y dura, todo un largo y prolijo análisis; así, por ejemplo, dice del discurso de recepción en la Academia de Alarcón, y de su contestación, por Alejandro Pidal:

---

(1) *Palique*, 1893, págs. XVIII-XXIV.

«En resumen: los discursos de Pidal y Alarcón son una derrota más de la literatura trasnochada. Una beata y una *cocotte* cogidas del brazo... y vestidas con miriñaque» (1).

En ocasiones es una fantasía literaria, tomando como ejemplos nombres de escritores a quienes fustiga. Así, el artículo titulado *Camachología*, donde propone una contribución sobre los malos literatos:

«Poetas del género Grilo. Pagarán cien pesetas por cada pie cuadrado de versos en que no digan nada entre dos platos.

«Éste puédese llamar impuesto sobre el viento, por lo ventosos que son tales poetas.

»Poetas del género Velarde. Aquí hay que cargar la mano. Caldos y cereales: cada vez que hable Velarde, o quien haga sus veces, de los sarmientos y de los pámpanos y del mosto—máxime si va con agosto—, pagará un dineral conforme al arancel que establecemos..... Esto y mucho más en cuanto a los poetas públicos. Pero ahora vamos a la ocultación de riqueza de los poetas inéditos. Es necesario hacer un catastro literario. Es preciso un amillaramiento de los manuscritos..... Se crea otro cuerpo de carabineros críticos..... «Ha sido nombrado de la comisión..... en la sociedad de escritores y escribanos.....» Mil pesetas en sellos móviles..... «..... el Sr. Fernández.» dos mil pesetas:. .. «y González» cuatro mil pesetas de recargo» (2).

A este género de fantasías literarias pertenece su folleto *Apolo en Pafos*, de lo más fino y exquisito que salió de la pluma de *Clarín*.

---

(1) ...*Sermón perdido*, pág. 200.
(2) ...*Sermón perdido*, págs. 156-157.

Entronca esta preciosa sátira con una tradición bien castiza de fantasías literarias, de la que son aureos eslabones *Los Sueños*, de Quevedo, las *Exequias de la lengua castellana*, de Forner, y *La derrota de los pedantes*, de Moratín.

La que llama *Clarín* crítica *higiénica* y *policíaca* fué cultivada desde bien temprano por Alas, y era también la manera habitual de la crítica juvenil de Palacio Valdés. El libro *La literatura en 1881*, está escrito en colaboración por ellos dos, y es curiosa la casi identidad del procedimiento y del estilo. El artículo de Alas sobre Grilo, titulado *Versicultura: Grilux vastatrix*, es buen modelo de este género de crítica, que es más bien una sátira literaria, que a veces en los hervores de una polémica se desliza por la pendiente de los ataques personales y violentos. En *Paliques* pueden servir de ejemplo los artículos *La Muiñeira*, cantra el agustino P. Muiños y el titulado *Entre faldas*, violento ataque contra el P. Blanco en justa correspondencla a la injusticia manifiesta con que trató a Alas en su libro sobre la literatura del siglo XIX.

La técnica que solía emplear *Clarín* en estos artículos de crítica satírica, consistía en ir desmenuzando pensamiento por pensamiento, frase por frase la composición de que se trataba, mostrando así la inanidad o la incorrección de muchas cláusulas. Puede verse este método empleado en la cruel disección del poema de Ferrari *Pedro Abelardo* (1).

Es evidente que el temperamento satírico de *Clarín* le arrastraba a veces a extremar la nota apasionándose excesivamente. Esto no obstante, nunca cometió grandes

(1) ...*Sermón perdido*, pág. 309.

injusticias, y en cualquier párrafo del ataque violento o en otro trabajo posterior aparece el profundo amor a la verdad, el escrúpulo crítico que latían en el fondo de su conciencia. Por ejemplo, en el folleto titulado *A 0,50 poeta*, después de *disecar* con rudeza una composición de Manuel del Palacio, habla así de él: «no sólo tiene fama, sino que, relativamente, la merece. Esa epístola que usted acaba de examinar es de lo peorcito que ha escrito *0,50*. Generalmente, y aunque no se sale de lo vulgar en los pensamientos, de los lugares comunes, y no de los más altos, en la forma y el lenguaje suele acertar, y es más, algunas veces ha escrito con sentimienio y gracia verdaderos; hablando de sus desengaños y de los consuelos domésticos, tal como el afecto de sus hijos» (1). Y esto era lo que honradamente y con acierto, a mi juicio, pensaba Alas de la poesía de Manuel del Palacio.

Otro caso bien característico: pocos autores aparecerán con más frecuencia que Cañete en las burlas de *Clarín*, pues bien, a su muerte escribe un artículo *en serio* sobre Cañete, donde le juzga con entera imparcialidad y justicia, reconociendo todo lo que había de honradez y saber en el bondadoso erudito (2).

Y es que Alas comprendía la triste y odiosa esterilidad de todas estas pugnas y ataques personales; en su epístola satírica contra Manuel del Palacio se enternece al describir la tranquila paz de la aldea, y termina diciéndole:

> Y, aunque no lo merezcas, te convida
> de este sano retiro a los placeres,
> quien, ahora que se acuerda, ya se olvida
> de estas vanas disputas de mujeres.

---

(1) *Folletos literarios*, V, *A 0,50 poeta.*, pág. 59.
(2) *Ensayos y Revistas*, pág. 129.

Y estos enternecimientos sùbitos de *Clarín*, que ponen de manifiesto la bondad de su alma, no comprendida por muchos, eran frecuentes en Leopoldo Alas, motivados por una lectura, por un recuerdo cualquiera que le conmoviera profundamente. En medio de aquella diatriba mordaz contra Cánovas, titulada «*Cánovas y su tiempo*», hallamos este párrafo:

«... acabo de leer no sé qué de Schopenhauer que ya fastidia a los revisteros de París, que tal vez no le han leído; y de tristeza en tristeza, de ternura en ternura, de pudor en pudor, he venido a parar en un estado de ánimo ante el cual Cánovas vale tanto como cualquiera; y en su calidad de hombre, despojado de todos sus paramentos, reales o imaginarios, merece más que respeto, amor, el amor que se deben los hermanos, aunque resulte cierto que no todos venimos del mismo padre» (pág. 15).

Veamos ahora los fundamentos de la benevolencia de Alas para con algunos de sus más ilustres contemporáneos. *Azorín*, tan benévolo casi siempre con Alas, hace muchas salvedades al valorar su obra de crítico:

«Se nos antoja que su obra de crítica seria no podrá dar mucha y segura información respecto a la producción literaria más eminente de la pasada centuria. Alas tiene una irreprimible bondad para los más insignes coetáneos...» (1).

Y en otro pasaje dice:

«Clarín ha hablado de Galdós, Pereda, Menéndez Pelayo, Echegaray, Castelar, Núñez de Arce, Campoamor... He aquí un sentido de restricción y de protesta; pero al mismo tiempo queda algo de concesión a unas va-

(1) *Páginas escogidas de Clarín*, pág. 15.

loraciones creadas por un público y un periodismo sin independencia ni discernimiento crítico» (1).

Hay algo de verdad en estas afirmaciones. Dejemos a un lado el que muchos de los juicios que *Clarín* emitió sobre algunos de esos autores (por ejemplo, Pereda, Galdós, Menéndez Pelayo) son, a mi entender, exactos, y no se les puede tachar de apasionados. Su opinión sobre Tamayo, por las alabanzas y por las *salvedades*, podría ser aceptada hoy sin dificultad. Su admiración por Menéndez Pelayo, la clara comprensión de lo que éste representa, no fué impuesta a *Clarín* por la Prensa *nea*, a la que detestaba, y que era la que con más frecuencia elogiaba al crítico santanderino.

La admiración de *Clarín* por sus *consagrados*, su benevolencia con algunos de ellos, no tenían por causa una sumisión al medio ambiente, que tan mal se compadece con la arisca independencia de Alas; otras razones más íntimas o más elevadas impulsaron a *Clarín* a este *respeto* y *consideración*.

Bien claramente explica él, el por qué de estos elogios:

«Los que por desgracia vemos las cosas de cierto modo y las decimos tal como las vemos, y no vemos en la España de nuestros días muchas cosas buenas, estamos, a mi entender, obligados con más fuerza que nadie a ensalzar con calor y entusiasmo continuo aquello poco de España que, en efecto, nos parece digno de elogio, obligados a alabarlo *hasta por medio de sutilezas del gusto y del juicio*» (2).

Los *consagrados* de *Clarín* no coincidían con él ni en ideas políticas ni, en algunos casos, en procedimientos li-

(1) *Ibidem* pág. 55.
(2) *Rafael Calvo y el teatro español*, pág. 57.

terarios. Sin embargo, creía él que había que animarlos, tratándolos con gran respeto. Así dice: «Ciñéndome a la literatura, diré que todavía estará peor todo esto el día en que Zorrilla se muera, Campoamor se jubile, Núñez de Arce se canse, Galdós se aburra, Pereda lo deje, Valera nos olvide por completo, Castelar calle, Echegaray siga los consejos de los que ven en él *cambios favorables*, M. Pelayo se ahogue en el mar de envidia pidalina en que navega, y los jóvenes de talento que empiezan a pelechar se desanimen al ver que son tan pocos y que son tantos los necios que quieren apagar su voz, graznando desde los periódicos de balde» (1).

Por otros motívos sentimentales bien simpáticos y amables trató con cariño a muchos contemporáneos:

«Se nos mueren los padres de la sangre, que lo son, por consiguiente, del corazón; y se nos mueren los padres del espíritu. Cuando se ama bastante las ideas para tenerlas por un tesoro, el alma agradecida recuerda la paternidad de cada una. Morírsele a uno *los padres* es morírsele, por ejemplo, Víctor Hugo, morírsele García Gutiérrez, cuando se ha sentido en el cerebro algo nuevo leyendo las *Odas* y *baladas* o los *Cantos del crepúsculo*, o viendo *El Trovador*. Yo confieso que cuando muera Renán, si muere antes que yo, estaré de luto por dentro. *Mi gran respeto a ciertos hombres, respeto que ya me han echado en cara, tiene sus hondas raices en esta paternidad espiritual:* para mí, Giner de los Ríos es padre de algo de lo que más vale dentro de mi alma; Tolstoi, un ruso que está tan lejos y a quien no veré en mi vida, algo engendró dentro de mí también... Y, como hay padres, hay

(1) ...*Sermón perdido*, pág. XVII.

abuelos de este género; Fray Luis de León es antepasado, estoy seguro, de mis tendencias místico-artísticas; y, en cambio, leyendo a Quintana veo en él un compatriota pero *nada mío*, a lo menos por la línea directa» (1).

Y a pesar de todas estas razones que le impulsan a la benevolencia, ¡qué de aciertos en las críticas que hace *Clarín* de estos consagrados!

Claramente vió *Clarín* que Valera era algo excepcional en la literatura de entonces. ¡Con qué penetración observó el fondo *egoista* de su obra, que procede de aquel espíritu cerebral y frío que fué Valera, que ilumina con su vivo reflejo los personajes y las ideas de sus escritos!

Cuando para muchos Menéndez Pelayo no era más que un retrógrado y erudito indigesto, *Clarín* comprendió todo lo que había de artístico y genial en la obra del gran polígrafo.

Hoy, acaso nos parezcan excesivas sus alabanzas a Núñez de Arce; pero a pesar de ellas, *Clarín*, finamente, de pasada, hace una salvedad que es el juicio exacto que a cualquier escritor educado en el ambiente modernista pueda merecer la poesía del autor de *El Vértigo:* «... hay pocos versos de poeta alguno que puedan igualarse con éstos *por la elocuencia* y *la corrección a lo menos*» (2).

A veces *Clarín*, a fuerza de ingenio, *inventa* valores que no existen en la obra que juzga, cuando trata de disculparla. ¡Cuánto talento derrochado en la defensa del teatro de Echegaray! No creo que pueda hacerse un alegato más atinado en pro de esta producción que el artículo titulado *Sobre motivos de un drama de Echegaray* (3).

---

(1) *Ensayos y Revistas*. pág. 7.
(2) *Un viaje a Madrid*, pág. 51.
(3) *...Sermón perdido*, pág. 185.

Y esta apología tenía también motivos ideales. *Clarín* veía, y no sin fundamento en algunas obras, en el teatro de Echegaray una transición a *otro tipo* de drama distinto del que había imperado en el siglo XIX (1).

Esta crítica *creadora* era frecuente en *Clarín*. ¡Qué valor adquiere a nuestros ojos la obra de Campoamor con su prosaísmo y su filosofía casera, y ramplona a veces, cuando la ilumina con la luz de la *Estética* de Richter! (2).

La crítica de Alas tiene a veces visiones geniales de una obra; léase, por ejemplo, aquel juicio suyo sobre el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, que con tanta razón entusiasmaba al malogrado Sáiz Armesto (3).

El día en que se escriba la historia de nuestra crítica literaria se verá bien lo que representa Alas. La publicación de la Biblioteca de Autores Españoles divide en dos períodos la historia de nuestra crítica literaria en el siglo XIX. Durante el primero, nuestro pasado literario es patrimonio casi exclusivo de bibliófilos apasionados y pintorescos, verdaderos *primitivos* de nuestra crítica (4). En toda esta época, en la crítica militante sólo encontramos el gran nombre de Larra, cuyo espíritu tantas semejanzas ofrece con el de *Clarín* (5). En el segundo período la literatura clásica española se difunde por todas partes; la crítica erudita inicia el estudio de la literatura comparada; la crítica militante observa, con mayor o menor fortuna, la evolución de la literatura europea, principalmente francesa. Se produce una floración enorme de críticos justa-

---

(1) Véase *Un viaje a Madrid*, pág. 72.
(2) Véase *Sólos*.. pág. 226; ...*Sermón perdido*, pág. 147.
(3) *Palique*, pág. 65.
(4) Véase mi estudio *Bartolomé José Gallardo y la crítica literaria de su tiempo*.
(5) Véase el excelente estudio de D. José R. Lomba: *Mariano José de Larra (Fígaro), como crítico literario*. Madrid 1920.

mente olvidados hoy en su inmensa mayoría. De toda esta serie infinita se destacan unos cuantos nombres que adquieren cada día más relieve sobre la vulgaridad que les rodea con la perspectiva que proporciona el transcurrir de los años. Don Juan Valera, Balart, Leopoldo Alas, la Pardo Bazán y José Yxart, han de merecer especial consideración al historiador de nuestra crítica literaria en el siglo XIX.

Para valorar a Alas como crítico no nos hemos de fijar exclusivamente en determinar el, a nuestro parecer, acierto o error de sus juicios sobre sus contemporáneos. Es preciso tener en cuenta los atisbos de Alas cuando vió claramente en sus comienzos lo que iba a dar de sí un autor; la cantidad de ideas que, formando una especie de estética dispersa, puso en circulación; su conocimiento de la literatura extranjera y, sobre todo, su sensibilidad exquisita, su fina comprensión, que le hizo anticiparse a sus contemporáneos, *entendiendo* y *sintiendo* lo que son Ibsen y Baudelaire, cuando el hablar de ellos en España era una pedantería extravagante.

***

Alas, literato.

La transición del *Clarín* crítico al literato original es bien fácil y está iniciada ya en algunos de sus volúmenes de crítica. Gran parte de sus *Paliques* no son crítica literaria, sino finos comentarios de satírico y humorista sobre libros o sobre otro cualquier aspecto de la vida diaria. La obra literaria de Alas es un resultado complejo de su temperamento de humorista y de satírico, unido a su formación de moralista y pensador. Por eso sus escri-

tos tienen una forma de apariencia ligera y un fondo tan trascendental.

El satírico.

Hay un aspecto en la sátira de *Clarín*, la sátira que pudiéramos llamar *social*, que le enlaza directamente con la obra de Larra. Recuérdese, en los *Solos de Clarín* aquellos escritos, que no son todavía cuentos, titulados *De la comisión; De burguesa a cortesana* y *De burguesa a burguesa*, en que está tan magistralmente pintado el ambiente de nuestra política y la ramplonería burguesa de la clase media. Alas tenía presente siempre el recuerdo de Larra, y le juzgó atinadamente cuando dijo de él:

«... José Mariano de Larra, en cuyas obras hay más elementos revolucionarios, de profunda y radical revolución, que en las hermosas lucubraciones de Espronceda, y en los atrevimientos felices de Rivas y Gutiérrez. Larra no sólo se adelantó a su tiempo, sino que aún en el nuestro los más de los lectores se quedan sin comprender mucho de lo que en aquellos artículos, de aparente ligereza, se dice sin decirlo» (1).

En un momento de indignación, exclama: «¡Oh, Fígaro! ¡Eterno Fígaro! ¡Tus Batuecas están donde siempre; no se han movido de su sitio!» (2).

En la misma crítica literaria recuerda, a veces, *Clarín* la manera de Larra, pero la relación con éste se acentúa en este aspecto de la sátira social, en que *Clarín* puede ser considerado como el puente que va desde Larra al movimiento crítico de la generación del 98, así llamada de modo arbitrario, confundiéndose bajo tal denominación a autores de muy diferente valer y de significación bien distinta.

---

(1) *Solos*, pág. 52.
(2) ...*Sermón perdido*, pág. 355.

Clarín fué un satírico y un humorista, uniéndose en él aquella blanda ironía del estilo corrosivo de Voltaire o de Courier, con el humorismo amargo y trascendental a lo Richter.

Alas, poeta.

Al través de la vida de Leopoldo Alas encontramos muestras de todos los géneros literarios que cultivó con distinta fortuna, pero sin caer jamás, aun en los más distantes de sus aptitudes, en lo grotesco y chabacano.

Hizo versos románticos en su juventud, y alguna que otra vez, en la madurez, tentó a las Musas para escribir epístolas satíricas a la manera de los Argensolas. Entre sus poesías juveniles se encuentran unos «Cantares de ciego», impregnados de la delicadeza y sentimiento de la literatura popular. Alas, como es natural, tenía la convicción de ser poeta, sentía tóda la poesía que *debió haber estado* en sus versos; pero no era un gran versificador, y por eso no dió nunca excesiva importancia a sus ensayos métricos. Tedo esto palpita en la siguiente réplica, tan sentida, que dió a Manuel del Palacio que le había censurado las poesías de sus años mozos, que tan gratos y dulces recuerdos despertaban en la mente de *Clarín*:

—¡Y tú me vienes con cantar la idea!
Tus versos son mejores que los míos,
mas tu pecho es difícil que lo sea.
Los pocos versos que hice eran muy fríos,
abstractos y premiosos, de un profano,
producto, al fin, de olímpicos desvíos.
Por eso los quemé; y, en castellano
que procuro pulir, escribo en prosa,
libre de ripios y en estilo llano.
—¡Qué lejos ya la adolescencia hermosa
en que fueron tristezas, ilusiones,
cantos y soledad, todo una cosa!

Tú no sabes, Manuel, de estas regiones
en que escondí los hondos sentimientos,
causa un día de tímidas canciones.
Yo no canté el dolor con aspavientos,
yo no lo publiqué por cuatro reales,
ni pedí inspiración a los fermentos.
Mis penas a mi amor fueron leales,
y cuando en este valle las evoco,
aún me alivian del llanto los cristales.
No tengo lira, al menos no la toco;
pero tengo unos bosques y colinas
donde sembré mis sueños casi loco.
. . . . . .
Porque el versificar es brava cosa;
pero cabe también la poesía
sin el run-run de frase cadenciosa.
—Y en una soledad como la mía,
que tengo en lo más verde de mi España,
si no en la forma de mis versos, fría,
(Y que ya de escribir perdí la maña)
en la dulce pasión con que la adoro,
con amor silencioso que no engaña,
Naturaleza, mi mejor tesoro,
recibe el homenaje de mi pecho
y sabe por las lágrimas que lloro
Sobre las hojas que me prestan lecho,
contemplando el misterio de la vida,
que va su encanto al corazón derecho.

En otra ocasión alude también Alas a sus queridos versos. En su folleto *Apolo eu Pafos* describió así su presentación al dios:

«Yo entré con el sombrero en la mano, con paso tardo, y, valga la verdad, un tanto turbado. Al atravesar el umbral recordé de repente que en mi niñez, en mi adolescencia y en mi primera juventud, había escrito *miles de miles de versos, no tan malos como decían mis enemigos, que conocen de ellos una pequeña parte;* pero al cabo ca-

paces de sacar de sus casillas al dios de la poesía, aunque fuera éste de un natural menos irascible del que en efecto le caracteriza, como dicen ahora los estilistas» (1).

Clarín, dramaturgo

También muy temprano, en los años de su adolescencia, empezó la afición de Alas a la literatura dramática. El Sr. Altamira evoca «aquellos años de adolescencia en que Leopoldo era, ante todo y sobre todo, autor dramático, con una soltura, una fecundidad, un poder inventivo asombrosos. El teatro casero, en que todos pusimos algún día nuestras ilusiones, no fué para él un puro aprendizaje de declamación, un recreo imitativo del teatro grande; no se contentaba con armar telones y aprender papeles... de otro. Creaba, creaba sin cesar, imponiendo su repertorio a sus amiguitos, siendo, en una pieza, autor, director y cómico, seguro entonces de que aquella era su vocación, su obra de toda la vida» (2).

Esta afición persistió calladamente en el espíritu de Alas, que sintió con profunda pasión el deseo de la gloria dramática.

También hubo un momento en que el influjo naturalista le llevó a pensar que el teatro era *un género secundario;* pero bien pronto reaccionó, y en varios lugares de sus obras expone, con una minuciosidad poco frecuente en él, los cánones de su estética dramática (3).

El teatro que él quería crear era el mismo de que habla en su crítica de la obra de Echegaray *De mala raza*:

«No se dirá que he escatimado las censuras; estoy seguro de que he extremado el rigor; pues bien, con eso y todo, el último drama de Echegaray es uno de los que

(1) *Apolo en Pafos*, pág. 7.
(2) *Anales de la Universidad de Oviedo*, t. I, pág. 379.
(3) Véase *Solos de Clarín*, págs. 36-50; especialmente desde la pág. 46.

prueban con más fuerza la grandeza de su ingenio. Después de situaciones y diálogos como aquellos que dejo tan ensalzados, creo a Echegaray capaz hasta de dar con *esa mosca blanca que se llama el teatro contemporáneo, casi casi naturalista»* (1).

Ese teatro, sacado de la observación de la realidad, quizá con cierta tendencia social, es el que ensayó en su drama *Teresa*, mal acogido por el público, pero que es, dejando aparte ciertas inexperiencias en la técnica, tan interesante hoy día históricamente, por su intención y por la orientación que representa.

Entremezclados con los artículos de crítica aparecen en algunas obras de *Clarín* ciertos ensayos puramente literarios, algunos de carácter fantástico, que, como *La mosca sabia*, *El doctor Pertinax*, *El diablo en Semana Santa* muestran iniciadas algunas de las cualidades características de Alas como novelista y cuentista. El novelista

La figura de *Clarín* como novelista va íntimamente ligada a un punto interesante de la historia literaria de nuestro siglo XIX: la introducción e influjo de la *escuela naturalista* francesa. No es la obligada premura de esta ocasión, adecuada para estudiar menudamente este tema, limitándome a fijar la posición de *Clarín* en la evolución del naturalismo en España.

El naturalismo, en su contenido filosófico, fué una consecuencia del desarrollo del positivismo, y, en realidad, gran parte de las novelas naturalistas parecen escritas para defender una tesis determinista. En casi ninguna falta el obligado capítulo genealógico que explica *a posteriori* todo lo que luego es, en la novela, el tipo elegido

(1) *Un viaje a Madrid*, pág. 72.

para el experimento (1). Al lado de este fondo había una *técnica* característica, que entroncaba muy bien con la tradición realista de nuestra novela.

En España pocos o ninguno fueron naturalistas «con todas sus consecuencias», y aun los más decididos defensores de la escuela, como la Pardo Bazán en «La cuestión palpitante», lo son con muchas salvedades, adoptando, en realidad, una posición ecléctica. Esta actitud toma paladinamente Valera en sus «Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas», admitiendo los procedimientos técnicos del naturalismo. La extrema posición contraria la representa, entre otros, Díaz y Carmona, con su estudio sobre «La novela naturalista». No hay que atribuir siempre la posición contraria al naturalismo, a razones de dogmatismo religioso; por motivos estéticos combatieron muchos las exageraciones naturalistas. Esto representan Valera en España y en Francia Anatole France, con mucha mayor acritud y violencia, en una página muy interesante y con frecuencia olvidada (2).

---

(1) Véase: *Le román naturaliste par Ferdinand Brunetiere*, Calman-Levy, (s. a., 1896).

(2) Anatole France: *La vie litteraire*, t. I. París, 1889, pág. 236:

«Certes je ne lui nierai point (a Zola) sa detestable gloire. Personne avant lui n'avait élevé un si haut tas d'inmondices. C'est là son monument, dont on ne peut contester la grandeur. Jamais homme n'avait fait un pareil effort pour avilir l'humanité, insulter a toutes les images de la beauté et de l'amour, nier tout ce qui est bon et tout ce qui est bien. Jamais homme n'avait a ce point meconnu l'ideal des hommes. Il ya en nous tous, dans les petits comme dans les grands, chez les humbles comme chez les superbes, un instinct de la Ceauté, un desir de ce qui orne et de ce qui décore qui, repandus dans le monde, font le charme. M. Zola ne le sait pas. Le desir et la pudeur se melent parfois en nuafces delicieuses dans les ames. M. Zola ne le sait pas. Il est sur la terre des formes magnifiques et de nobles pensées; il est des dans pures et des cœurs herolques. M. Zola ne la sait pas. Bien des faiblesses meme, bien des erreurs et des fautes ont leur beauté touchante. La doleur est sacrée. La sainteté des larmes est au fond de toutes les religions. La malheur suffirait rendre l'homme auguste a l'homme. M. Zola ne le sait pas. Il ne sait pas que les graces sont decentes, que l'ironie philosophique est indulgente et douce, et que les choses humaines n'inspirent que deux sentiments aux esprits bien faits: l'admiration ou la pitié. M. Zola est digne d'une profonde pitié».

Ya hemos visto las alternativas de *Clarín* con relación al naturalismo-sistema. Creo que su pensamiento definitivo sobre Zola, con todas las salvedades del idealista, pero con la amplísima comprensión de Alas, está expuesto en su crítica de *L'argent* (1). Allí se da clara cuenta Alas de todos los beneficios que podían sacarse, y que de hecho obtuvo nuestra novela, del naturalismo, aun sin continuar practicándole con todo el primitivo rigor de la escuela.

Cuando se atemperó el hervor naturalista y pasó aquella racha de polémicas con su huero verbalismo. todos los escritores sostuvieron que ellos *habían adoptado una posición* ecléctica. Es curiosa, históricamente, la pugna entre la Pardo Bazán y *Clarín*, tratando de arrebatarse la prioridad en haber mantenido la doctrina que pudiéramos llamar del *naturalismo oportunista*, que, en realidad, lanzó Alas en el prólogo de *La cuestión palpitante* (2).

Clarín, a pesar de su idealismo de cátedra, practicó más completamente que nadie en España, con más pureza, las normas del naturalismo. En este sentido es *La Regenta* la *más naturalista* de las novelas españolas del siglo XIX.

El procedimiento de observación minuciosa del natural era habitual en *Clarín*. Nos confiesa él que su *Zurita* fué personaje de carne y hueso, que *Pipá* fué un pillete célebre en Oviedo, que la admirable escena de la representación de *Don Juan Tenorio* en *La Regenta* le fué sugerida por un relato de algo semejante,

---

(1) *Ensayos y Revistas*, pág. 57.
(2) Véase *Ensayos y Revistas*, pág. 146.

visto por su amigo Aramburu (1). Muchos personajes de *La Regenta*, como sabe todo el mundo en Oviedo, están formados con rasgos y recuerdos de modelos vivos. Poseía Alas una maravillosa intuición para percibir el personaje novelable del que se apoderaba, sin necesidad de la minuciosidad difusa del procedimiento naturalista, con cuatro trazos admirables; recuérdese aquel tipo de dómine que queda esbozado incidentalmente con rasgos indelebles en su folleto *A 0,50 poeta* (2). Pero lo fundamental en el procedimiento naturalista son tres *clichés* invariables: las descripciones largas, minuciosas, detallistas que acaban, con una tendencia *micrográfica*, fijándose, con la misma atención que en lo grande, en lo más insignificante y pequeño. Muestra es de ello, sin ir más lejos, la descripción con que se abre *La Regenta*, que comienza hablando de la ciudad entera, de las nubes, del ambiente, y concluye describiendo los remolinos de polvo, fijándose, finalmente, en la «arenilla que se incrustaba, para días, o para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.»

Las comparaciones extrañas con objetos impensados en aquel momento, y a ser posible repugnantes, son otra de las características de este género. Recuérdese el final de *La Regenta*, que al notar sobre sus labios el beso de Celedonio, el sacristán, «había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo».

También en *La Regenta*; como no podía menos, está explicada y justificada la conducta de la protago-

---

(1) *Folletos literarios* IV. *Mis plagios*, págs. 38-39; 16 y 26.
(2) *Folletos literarios*, V. *A 0,50 poeta*. págs. 29 y siguientes.

nista por un largo capítulo genealógico (el IV) y por minuciosas pinturas del medio.

La Regenta, a causa de este procedimiento, es una obra difusa; pero, sin embargo, ¡cuánto fragmento magistral hay en ella! Recuérdese la admirable descripción de la catedral, en que el bello templo parece animarse por un prodigio de evocación, digno de la musa arqueológica de Flaubert; aquella pintura inolvidable del casino de *Vetusta*, en que los tipos, en fuerza de estar caracterizados, se elevan a la categoría de símbolos, y piénsese en el conjunto de la novela, maravilloso poema de la ciudad dormida bajo la lluvia gris en la falda de un monte y a la sombra de la esbelta torre de su catedral.

La *Vetusta*, de *Clarín*, pertenece, como *Orbajosa*, como *Ficóbriga*, a ese mapa espiritual de España que aparece en la novela del siglo XIX, de tendencia anticlerical, representada en Portugal por Eça de Queiroz (recuérdese *O crime do P. Amaro)*, cuya relación con nuestra novela no ha sido estudiada todavía.

El *desmontar*, pieza a pieza, *La Regenta*, sería un estudio de técnica naturalista del mayor interés para comprobar las evoluciones posteriores del arte de *Clarín*.

En la técnica del naturalismo había mucho bueno, que nunca perdió *Clarín* del todo. Es un caso algo semejante al de Huysmans después de su *conversión*. Alas va llenando de un contenido idealista su obra, pero conserva la técnica, cada vez más depurada, del naturalismo.

A este período intermedio, pertenece, según creo, la otra novela larga de *Clarín*, *Su único hijo*. Aquí la observación no se limita, como ocurre muchas veces en

La Regenta, a lo superficial; aquí cala más hondo, y las descripciones de los individuos no son tan recargadas, pero son maravillas de penetración psicológica; la ciudad no está reseñada menudamente, pero en ella hace Alas palpitar y adquirir relieve al romanticismo trasnochado y provinciano, con su encanto ingenuo, y nos da la sensación de la vida infecunda, melancólica y parada de las viejas villas españolas.

En los cuentos se observa aún mejor esta evolución, haciendo esa comparación, que atinadamente propone *Azorín*, entre los cuentos de *Pipá* y los de *El Gallo de Sócrates* o *Los cuentos morales*. En estos últimos escritos resalta toda la preocupación ética y religiosa de Alas. En ellos, en ocasiones, la literatura no es fin, es un medio para algo transcendente del arte literario mismo. Hay, a veces, arbitrariedades en el desarrollo, incomprensibles para el naturalista meticuloso; pero *Clarín* no se detiene por ello, busca la sensación final, y llega a ella, y nos dejan en el espíritu estas lecturas un aroma especial, una honda y melancólica preocupación, como en aquel cuento, producto del romanticismo juvenil en un escritor maduro, que se titula *Un viejo verde*.

Se ha hablado siempre, y no sin fundamento, de Guy de Maupassant al tratar de Alas como cuentista. Es cierto que, aparte otras semejanzas, algunos fragmentos del período realista de *Clarín* recuerdan, a veces, aquella tenaz preocupación sexual del escritor francés de que nos habla uno de sus críticos (1); pero,

(1) Edouard Maynial: *La vie et l'œuvre de Guy de Maupassant*, París, 1907, pág. 226: «Son oeuvre meme témoigne d'une sensualité brutale: il y a dans ses livres l'inquiétude perpetuelle, absorbante, de la femme, une sorte d'obsessión, non de l'amour, mais de ce qu'il a de plus primitif et de plus général: de l'instinct sexuel.»

a mi ver, la manera de Maupassant es más monótona, no encontrándose en él estos cuentos etéreos, a veces simbólicos, del período idealista de *Clarín*.

Una de las obras maestras de *Clarín*, en esta última época, es aquel cuento, verdadera maravilla bucólica, titulado *¡Adiós, Cordera!*. Vive en él ese amor entrañable del hombre al animal que comparte con él lós trabajos y fatigas, ese sentimiento, conservado como en ningún sitio en este Norte de España tan pagano, en el que parece revivir, por atávica reminiscencia, la casi veneración religiosa del totemismo primitivo.

¡Adiós, Cordera! con aquella fresca y jugosa pintura de las verdes praderas asturianas, sólo ha podido ser escrito por un hijo de la tierra como *Clarín*, que amaba y *sentía* a Asturias en cada árbol, en cada piedra, en cada paisaje (1). Y es que el espíritu de Alas era asturiano; por eso está impregnada su obra entera de ese humorismo norteño, fino, suave, profundo, de tono gris, que parece engendrado por este ambiente de lluvia que obliga a los hombres a buscar muy dentro de sí las ideas y la sonrisa. Ese humorismo, en suma, que a veces tiene dejos amargos, como en *El entierro de la Sardina*, o una cierta melancolía suave, como en aquella joya de Palacio Valdés que se titula *Los Puritanos*.

---

(1) *Clarín* veía y sentía minuciosamente el paisaje asturiano; léase en prueba de ello, esta bella descripción: «...otra vez me invaden la paz y el silencio de esta dulce noche de Junio en mi tierra, húmedo y tibio, nebuloso, de un gris perla constante en el cielo; de un verde oscuro en las marismas, claro en los prados de tierra adentro, anaranjado y fresco en la punta de las ramas de los castaños, cuya hoja asoma» (*A 0,50 poeta*, página 21). Hay agudas y bellas observaciones sobre la psicología y el ambiente asturianos en el interesante artículo *Asturias estética* (en *El Nalón*, núm. 13, año 1897) y deparramadas por sus obras: por ejemplo, en *Palique*, pág. 304; *Solos...*, pág. 237; *Nueva Campaña* pág. 32 y en *Siglo pasado*, pág. 64.

***

La mejor definición de lo que representa Leopoldo Alas en la historia de nuestra cultura la dió Campoamor cuando dijo de él que «desde su retiro de Oviedo agitaba tantas ideas como el Padre Feijoo en su tiempo en su celda de San Vicente». Y eso fué Alas, un gran agitador de ideas que seguía con mirada atenta el movimiento espiritual de Europa, pero sin vana pedantería y tratando de conocer y de asimilarse nuestra tradición en todo lo que tuviere de actual.

Significación de obra d Alas.

He dicho antes que algunos aspectos de la crítica de *Clarín* pueden ser considerados como un precedente de la generación de 1898, y es que, como ha observado con exactitud *Azorín* (1), la generación del 98 tiene muchos antecedentes en España; no es tan original como parece a muchos.

La posición crítica de estos escritores tiene un precedente en la sátira social de Larra; saquean constantemente el ideario de Costa; crítica semejante, como hemos visto, hay en muchos escritos de *Clarín*, y aun el mismo Menéndez y Pelayo tiene amargas pinturas, sugeridas por otros motivos, si no de nuestro pasado, de nuestro lamentable presente.

Pero en estos hombres, al lado de sus quejas amargas, hay un amor sincero a la tradición y un sentido constructivo que quizá falte en muchos de los escritores del 98.

---

(1) *Clásicos y modernos*. Madrid, Renacimiento, pág. 285: *La Generación de 1898*.

Pero no se crea que voy a escribir, como ahora es moda, una nueva diatriba contra ese grupo; esto sería caer en el mismo apasionamiento que se les censura; sería hacer con ellos lo que ellos hicieron con la generación que les precedió. La juventud de hoy debe tener confianza en sí misma y en su obra para no necesitar labrarse un pedestal, según costumbre, con las ruinas de la fama ajena.

Hay que ver con generosidad todo esfuerzo de otro, y hay que pensar honradamente y sin acritud de los demás. La generación del 98 es, no obstante su pesimismo, una muestra patente de la vitalidad de una raza que a raíz de un desastre nacional se dedica a hurgar y a cauterizar cruelmente la dolorosa llaga, exagerando, si era posible, las negras tintas de la realidad. Pero esta labor ya fué; hoy sería inútil e infecundo insistir en ella. Sería producir una generación de *desracinés*, sería llegar a eso que llamaba Barrés, refiriéndose a su patria, «la dissociation et la dècérébration de la France».

Gracias a estos hombres no podríamos nosotros, aunque quisiéramos, volver ahora a la tradición brillante y huera de falso oropel y de patriotería ridícula que imperó en algunos hombres del siglo XIX. Esto hay que agradecerles; de los hombres del 98 podemos recibir una lección de frialdad, de mesura, de concisión.

A esto debemos unir aquel amor consciente a la tradición que nos aconsejan hombres de partidos tan distintos como *Clarín* y Menéndez y Pelayo. Dice éste, con palabras muchas veces citadas: «Donde no se conserve piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvi-

sarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil» (1).

Y en Alas, ya en plena madurez, encontramos ideas semejantes, que hoy nadie debiera rechazar o discutir: «Volver los ojos a la juventud, cuidar de su educación, es un consuelo y una esperanza, sobre todo en esta España que tuvo días de gloria y de fuerza universalmente reconocidas,y que hoy, angustiada por la idea de su propia decadencia, se entrega al marasmo y acaso al pesimismo. No desesperemos; los pueblos no deben creerse viejos, no deben contar sus años, aunque deben amar su historia... Recordando las grandezas de la España que fué, trabajemos por las posibles grandezas de la España del porvenir...; nosotros no necesitamos soñar, sino recordar, para que surjan grandezas y esplendores de España; construyamos, no Escoriales, Alcázares y Basílicas, que ya tenemos, sino el edificio espiritual de la futura España regenerada, resucitada, mediante una educación y una enseñanza inspiradas en el ideal más alto; pero llenas de la vida moderna» (2).

Notemos esta coincidencia en hombres de fisonomía intelectual tan diferente en apariencia. Y es que esta labor de reconstrucción espiritual debe ser la obra de todos, de ninguna manera la bandera de un grupo o de un partido.

Hoy el *europeismo* dejó de ser algo excepcional, que sólo servía para poner censuras en los labios de los pedantes. Debemos sentirnos asimilados a la corriente univer-

---

(1) *Dos palabras sobre el centenario de Balmes.* (*Ensayos de crítica filosófica*). Madrid, 1918, pág. 364.
(2) *Folletos literarios*, VIII. *Un discurso*, pág. 105-106.

sal de la civilización; pero debemos oir esas voces que proceden de campos tan opuestos y trabajar, trabajar siempre con la vista puesta en un fin elevado y noble: la formación de una conciencia nacional para nuestro pueblo.

Esto es un deber, que no es obra de estridencias ni de luchas, sino de paz, de concordia, de amor; y lo debemos sentir nosotros y lo debemos inculcar en las conciencias de los venideros, llevando a su ánimo que es ésta una tarea de austeridad y de abnegación, cuyo fruto no debemos aspirar a percibir íntegramente, trabajando animosos para el porvenir.

He dicho.

APÉNDICES

I.—Hoja de méritos y servicios, formada con los datos existentes en el Archivo de la Universidad de Oviedo

Dr. D. Leopoldo García Alas y Ureña, natural de Zamora, provincia de ídem, Catedrático que fué de la Facultad de Derecho de esta Escuela, nació en Zamora el 25 de Abril de 1852.

Fecha de los nombramientos.			CALIDAD DE ESTOS NOMBRAMIENTOS	Tiempo de servicios		
Día.	Mes.	Año.		Años.	Meses.	Días.
10	Julio	1882	Por Real orden de esta fecha fué nombrado mediante oposición catedrático numerario de elementos de Economía política y Estadística de la Universidad de Zaragoza; tomó posesión en 17 del mismo y cesó en 19 de Julio de 1883.	1	»	2
6	Julio	1883	Por Real orden de esta fecha y en virtud de concurso, fué trasladado a la cátedra de Prolegómenos, Historia y elementos de Derecho romano de esta Universidad de Oviedo; tomó posesión el 20 del mismo.			
14	Agosto	1884	Reorganizados los estudios de la Facultad de Derecho por R. O. de 14 de Agosto de 1884, fué confirmado en el cargo de Catedrático numerario de Instituciones de Derecho romano por R. O. de 25 de Septiembre del mismo año.			
12	Septbre.	1888	Fué nombrado, en virtud de concurso y propuesta del Consejo de Instrucción pública, Catedrático numerario de Elementos de Derecho natural; tomó posesión en 20 del mismo..	5	2	1
17	Octubre	1890	Por Real orden de esta fecha fué ascendido al número 280 del Escalafón, con antigüedad de 29 de Agosto anterior. .	1	11	10
17	Junio	1896	Por Real orden de esta fecha le fué concedida la categoría honorífica de ascenso.			
8	Mayo	1901	Por Real orden de esta fecha obtuvo el ascenso al número 145 del Escalafón con efectos de 29 de Abril anterior. . .	10	8	»
			Cesó en el cargo por defunción, en 11 de junio de 1901	»	1	12
			Total de servicios hasta el 11 de Junio de 1901	18	10	25

Carrera Literaria

Se le expidió el título de Bachiller en Artes por el Instituto de Oviedo con la calificación de sobresaliente en las tres secciones el día 12 de Mayo de 1869. Se graduó de Licenciado en Derecho civil y canónico en la Universidad de Oviedo el día 16 de Junio de 1871, habiéndose expedido el título con fecha 22 de Mayo de 1882.

En 10 de Julio de 1878 recibió el grado de Doctor en Derecho civil y canónico con nota de Sobresaliente, cuyo título le fué expedido en 22 de Junio de 1882. Posee además el título profesional de catedrático numerario de la Facultad de Derecho, que se le expidió con fecha 24 de Enero de 1883.

Servicios en el Profesorado

En Noviembre de 1878 hizo oposición a la cátedra de Economía política vacante en la Universidad de Salamanca, y obtuvo el primer lugar de la terna. Como por virtud de esta oposición y según el Real decreto de 17 de Marzo de 1882 fué nombrado cátedrático numerario de Economía política y Estadística en la Universidad de Zaragoza en 10 de Julio de 1882, aunque en el Escalafón figura con la fecha de 17 de Julio de 1882, día de la posesión, se hizo notar, para los efectos de la equidad, que la antigüedad de los méritos contraídos para alcanzar su cátedra son en mucho anteriores a los de la antigüedad conque en el Escalafón figura, y que fueron causas ajenas a su voluntad, y cuyo perjuicio ahora toca. las que impidieron que su antigüedad se remita a la época de las oposiciones respectivas.

Otros Servicios

Juez de oposiciones a la cátedra de Derecho político y administrativo de la Universidad de Oviedo.

Juez de oposiciones a escuelas de maestras en este distrito.

Juez de oposiciones a notarías vacantes en el de Madrid.

Publicaciones y Trabajos Científicos y Literarios

De la asignatura de Derecho romano que comprendía antes los Prolegómenos e Introducción al Derecho, tiene publicadas las siguientes obras:

1.° «El Derecho y la moralidad». Un tomo de más de doscientas páginas.

2.° Introducción a la versión española de «La lucha por el Derecho» del ilustre romanista alemán Ihering, el cual felicitó al autor de la introducción por ello.

Ambas obras fueron juzgadas muy favorablemente por la prensa profesional, especialmente la primera por la «Revista de Legislación y Jurisprudencia».

De otras asignaturas de la misma Facultad tiene publicado Programa analítico de Economía política y Estadística, con una introducción acerca del método.

Conferencia en el Ateneo de Madrid, publicada por esta Corporación, acerca de Alcalá Galiano.

De otras materias tiene muchos trabajos publicados, entre ellos quince libros de crítica literaria y filosófica, y un discurso sobre la enseñanza moderna; no especificando más las producciones de esta índole por no ser de la Facultad de Derecho.

Honores y Distinciones

La Academia de Jurisprudencia de Oviedo le nombró socio honorario, habiendo inaugurado en ella las conferencias de Profesores. Es individuo de la «Sociedad Económica de Amigos del País», de Oviedo, y se le nombró Jurado en los certámenes de esta Sociedad.

El Claustro Universitario, honrando su memoria, acordó colocar una lapida, en la cátedra donde explicó a sus alumnos, por suscripción, dice así: «En esta cátedra explicó el insigne maestro y publicista Leopoldo Alas—1883-1901.—Recuerdo cariñoso de sus discípulos.»

Asimismo, en la apertura del curso 1901 a 1902 figuró con lazos de crespón negro el retrato al óleo que el distinguido artista asturiano D. Juan Martínez Abades pintó y donó a la Universidad, con destino a la iconoteca de hijos ilustres de Asturias.

II.—Nota Bibliográfica de las Obras de Leopoldo Alas [1]

1.877 y siguientes 1.—Creo son de *Clarín* las notas bibliográficas que, en la sección de LIBROS y REVISTAS RECIBIDOS de la *Revista de Asturias*, aparecen firmados con la inicial A [las].

1.877 2.—En la REVISTA DE ASTURIAS: *¡Sideo!...* (Fragmento); Poesía firmada: *por la copia: «Clarín»*, número 22 de diciembre.—*La Verdad suficiente;* números del 30 de diciembre y del 8 de enero.—Hay una nota que anuncia un trabajo extenso de Alas, titulado: «Preparación a la filosofía análítica».

1.878 3.—En la REVISTA DE ASTURIAS *Símbolo;* poesía en el número del 8 de enero.—*La protesta eterna;* poesía, número 22 de enero.—*Las Wilis, poema legendario;* número XIII, núm. XIV (15 de marzo); núm. XVIII (25 de abril), y núm. XX (15 de mayo).—*Correo de Madrid*, 5 de abril. Alternaba con Alas en esta sección su amigo el gran novelista Palacios Valdés.—*Correo de Madrid*, núm. XXII (5 de junio).—*Teatro: Crítica del drama Vida por honra, de Félix Aramburu y Zuloaga;* núm. XXIII (15 de junio).—*Correo de Madrid*, núm. XXIV (25 de junio).—*Correo de Madrid*, núm. XXV (5 de julio).—*Doctor Sutilis*, artículo I, núm. XXVIII (25 de julio).—*Cantares de Ciego*, poesías; núm. XXIX (15 de agosto).

» 4.—EL DERECHO y LA MORALIDAD. Determinación del concepto del derecho y sus relaciones con el de la moralidad. Discurso leído en los ejercicios del grado de Doctor por LEOPOLDO ALAS. MADRID. Casa editorial de Medina.. [s. a. 1878].—162, páginas 8.°. Dedicatoria a D. Francisco Giner de los Ríos,

---

(1) Una bibliografía completa, en lo posible, de los escritos de *Clarín*, publicaré en breve en la *Revista crítica hispanoamericana*. Doy solamente noticia de las colecciones de artículos y cuentos que forman libro aparte y de algunos interesantes artículos y prólogos de Alas. He de hacer constar aquí mi gratitud, por los datos que me han proporcionado, a mis compañeros D. Aniceto Sela, D. Benito Alvarez Buylla, y al distinguido periodista y literato asturiano Sr. Señas Encinas.

1.879 5.—En la REVISTA DE ASTURIAS: *Un libro nuevo. Lecciones de Calotecnia..., por D. José Campillo*; números 6 (25 de febrero) y 7 (15 de marzo).—*El amor y la economía;* núm. 19 (15 de julio).—*Correo de Madrid*; número 25 (30 de noviembre).
Correo de Madrid, núm. 27 (30 de diciembre).

1.880 6.—En la REVISTA DE ASTURIAS: *Speraindeo.* Capítulo I. *La voz de Lina*, núm. 8 (30 de abril); *Speraindeo.* Capítulo II. *La carta de Lina,* núm. 20 (30 de mayo).—*Esperaindeo* (continuación), núm. 11 (15 de junio).—ECOS y RUMORES, núm. 9 (15 de mayo).—ECOS y RUMORES, núm. 10 (30 de mayo).—*Prólogo del libro «Tipos y bocetos de la Emigración asturiana»*, núm, 11 (15 de junio).

1.881 7.—En la REVISTA DE ASTURIAS: *Cavilaciones*, número 3 (15 de febrero).—*Prefacio a manera de sinfonía* (De los *Solos de Clarín*), núm. 13 (15 de julio).

» 8.—LEOPOLDO ALAS. SOLOS DE CLARIN. Con un prólogo de D. José Echegaray. MADRID. Alfredo de Carlos Hierro, editor. Calle de San Sebastián, 2, segundo. Sin año; la dedicatoria a Echegaray, está fechada en Madrid. Junio 1881.—322 páginas. Véanse los números 9 y 29.

9.—Leopoldo Alas. Solos de Clarín. Con un prólogo de D. José Echegaray. Segunda edición. Madrid. [Amelio J. Alaria] (s. a.) 3 hoj. + VI + 734 pág. 8.°.

1.881 10.—R. VON IHERING. *La Lucha por el derecho. Versión española de Adolfo Posada y Biesca con un prólogo de D. Leopoldo Alas.* MADRID, Librería de Victoriano Suárez... 1881.—El prólogo ocupa LXXI páginas y al final lleva la fecha: enero de 1881.

1.882 11.—En la REVISTA DE ASTURIAS: *Noticias bibliográficas: «Episodios nacionales» de Pérez Galdós;* núm. 2 (30 de enero).

12.—PROGRAMA DE ELEMENTOS DE ECONOMIA POLITICA Y ESTADISTICA precedido del razonamiento necesario para dar a conocer, en breve exposición, el plan y el método que se siguen. Presentado para los ejercicios de oposición a la cátedra de esta asignatura vacante en la Universidad de Sala-

manca por el DR. LEOPOLDO ALAS Y UREÑA. MADRID. Imprenta de la Revista de legislación... 1882.—111 págs. 4.°. Al fin va firmado en Oviedo 11 de agosto de 1878.

» 13.—LA LITERATURA EN 1881. Por ARMANDO PALACIO VALDES y LEOPOLDO ALAS (CLARIN). MADRID. Alfredo de Carlos Hierro, editor, Plaza de Colón, 3.—1882.—La Dedicatoria: *A los escritores que no queden satisfechos,* está fechada en *Madrid, diciembre de 1881.*—202 páginas en 8.°.—Los artículos comprendidos des de la pág. 93 hasta el final, son de *Clarín.*

1.884 14.—LA REGENTA. Por Leopoldo Alas (CLARIN). Ilustraciones de Juan Llimona. Grabados de Gómez Polo. TOMO I. BARCELONA. BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS» Daniel Cortezo y Cñía. Ausias March, 95. 1885.—527 páginas. t. II, *Ibid.* 1885.—

1.885 15.—SERMON PERDIDO. Por CLARIN (Leopoldo Alas) 598 págs., 8.°
(Crítica y sátira). Tercera edición. MADRID. Librería de Fernando Fé. 355 páginas.

1.886 16.—PIPÁ. Amor'é furbo.—Mi entierro.—Un documento. Avecilla.—El hombre de los estrenos.—Las dos cajas.—Bustamante.—Zurita. Por CLARIN (Leopoldo Alas). Tercera edición. MADRID. Librería de Fernando Fé. *Carrera de San Jerónimo,* 2, 1886.—441 páginas en 8.°.—Los cuentos están fechados, respectivamente, en Oviedo, 1879.—Zaragoza, 1882.—Zaragoza, 1882.—Madrid, junio 1882.—Zaragoza, 1882. Oviedo, 1884.—Madrid, junio, 1883 —Oviedo, 1884. Oviedo, 1884. Véase en los núms. 42 y 43 otras ediciones de *Las dos cajas* y *Zurita.*

» 17.—FOLLETOS LITERARIOS. I. UN VIAJE A MADRID por CLARIN (Leopoldo Alas). MADRID, Librería de Fernando Fe, 1886. 84 págs. 8.°.

1.887 18.—ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTISTICO DE MADRID. LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX. COLECCION DE CONFERENCIAS HISTORICAS. *Curso de 1885-86.* Tomo II, 1887. Librería de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, núm. 6. MA-

DRID.—24.ª CONFERENCIA. Tema. Alcalá Galiano.—El período constitucional de 1820 a 1823.—Causas de la caída del sistema constitucional.—La emigración española hasta 1833. *Orador*, D. LEOPOLDO ALAS.—Comprende de la página 469 a la 520.

» 19.—FOLLETOS LITERARIOS. II. CANOVAS Y SU TIEMPO (primera parte), por CLARIN (Leopoldo Alas.) MADRID, Librería de Fernando Fe, 1887, 104 páginas, 8.°.

» 20.—FOLLETOS LITERARIOS. III. APOLO EN PAFOS (Interview), por CLARIN (Leopoldo Alas). MADRID. Librería de Fernando Fe, 1887, 99 páginas, 8.°.

» 21.—NUEVA CAMPAÑA (1885-1886), por CLARIN (Leopoldo Alas). MADRID. Librería de Fernando Fe, 1887.—397 págs.

1.888 22.—FOLLETOS LITERARIOS. IV. MIS PLAGIOS. UN DISCURSO DE NUÑEZ DE ARCE por CLARIN (Leopoldo Alas). MADRID. Librería de Fernando Fe, 1888.—132 págs., 8.°.

1.889 23.—FOLLETOS LITERARIOS. V. A 0,50 POETA. EPISTOLA EN VERSOS MALOS CON NOTAS EN PROSA CLARA, por CLARIN (Leopoldo Alas). MADRID. Librería de Fernando Fe, 1889.—66 páginas, 8.°.

» 24.—MEZCLILLA, por CLARIN. Madrid [Enrique Rubiños], 1889.—399 págs., 8.°.

25.—CELEBRIDADES ESPAÑOLAS CONTEMPORANEAS. BENITO PEREZ GALDOS. Estudio crítico biográfico por LEOPOLDO ALAS (CLARIN). Segunda edición. MADRID. Ricardo Fe, 1889.—39 páginas + 1 lám. + 1 autógrafo 8.°. Reimpreso en el t. I de las *Obras completas*.

1.890 26.—FOLLETOS LITERARIOS. VI. RAFAEL CALVO Y EL TEATRO ESPAÑOL, por CLARIN (Leopoldo Alas). MADRID. Librería de Fernando Fe, 1890.—86 págs., 8.°.

» 27.—FOLLETOS LITERARIOS. VII. MUSEUM. (MI REVISTA). Núm. 1.ª SUMARIO: Mi revista.—Poé-

tica de Campoamor.—Emilia Pardo Bazán y sus últimas obras.—Libros recibidos. POR CLARIN (Leopoldo Alas). Julio 1890. Madrid. Librería de Fernando Fe. Carrera de San Jerónimo. 2, 1890.—88 páginas en 8.°.

» 28.—SU UNICO HIJO. POR CLARIN (Leopoldo Alas). MADRID.—Librerí8 de Fernando Fe, 1890.—436 páginas, en 8.°—Véase otra ed. en el núm. 53.

1.891 29.—LEOPOLDO ALAS. SOLOS DE CLARIN. Con un prólogo de D. José Echegaray. Dibujos de Angel Pons. Cuarta edición. Madrid. [Enrique Rubiño] 1891.—3 hojas + 304 páginas + 2 hojas 8.°.

» 30.—FOLLETOS LITERARIOS. VIII. UN DISCURSO, por CLARIN (Leopoldo Alas). MADRID. Fernando Fe... 1891.—107 páginas, 8.°.

1.892 31.—ENSAYOS y REVISTAS. 1888-1892 por CLARIN (Leopoldo Alas). MADRID Manuel Fernández Lasanta, editor... 1892.—434 páginas en 8.°.

¿1892? 32.—LEOPOLDO ALAS (CLARIN). EL SEÑOR Y LO DEMAS, SON CUENTOS. (II ¡Adiós, cordera!—III. Cambio de luz.—IV. El Centauro.—V. Rivales. VI. Protesto.—VII. La yernocracia.—VIII. Un viejo verde.—IX. Cuento futuro.—X. Un jornalero.—XI. Benedictino.—XII. La ronca.—XIII. La rosa de oro). MADRID [s. a. ¿1892?] Manuel Fernandez Lasanta, editor... 339 páginas, 8.°.

1.892 33.—CLARIN (Leopoldo Alas). Doña Berta.-Cuervo.-Superchería. Madrid. [E. Rubiños]. 1892.—3 hojas + 254 páginas + 1 hoja.—8.°.

1.893 34.—PALIQUE. Por CLARIN (Leopoldo Alas). MADRID. Librería de Victoriano Suárez, Preciados, 48, 1893.—342 páginas, 8.°.

1.895 35.—TERESA, ensayo dramático en un acto y en prosa original de D. LEOPOLDO ALAS. Representose en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 20 de marzo de 1895. MADRID. Imprenta de José Rodríguez, 1895. 36 páginas.

1.896 36.—LEOPOLDO ALAS (CLARIN). CUENTOS MORALES. El cura de Vericueto.—Boroña.—La conversión de Chiripa.—El número uno.—Para vicios.—El

duo de la tos.—Vario.—La imperfecta casada.—Un grabado.—El torso.—Cristales.—Don Urbano.—El frío del Papa.—León Benavides.—El Quin.—La noche mala del diablo.—Ordalias.—Viaje redondo.—La trampa.—Don Patricio o el premio gordo en Melilla.—El sustituto.—El señor Isla.—Snob.—«Flirtatión» legitima.—El caballero de la mesa redonda.—La tara.—González Bribón.—La reina Margarita.—MADRID. LA ESPAÑA EDITORIAL... 1896.—422 páginas en 8.° El Prólogo (VIII páginas) está firmado en noviembre de 1895.

1.896 37.—CRITICA POPULAR. (*Biblioteca de vulgarización literaria*. Tomo I). Valencia, 1896.

1.897 38.—ASTURIAS ESTETICA. En la revista «El Nalón». Año I, núm. 13; extraordinario dedicado al pintor Casto Plasencia.

¿1.897? 39.—Conferencia en la *Escuela práctica de estudios jurídicos y sociales* de la Universidad de Oviedo: sobre *Una fórmula* de Ihering («Durch das romischen Recht, aber über dasselbe hinaus»).—(Vease: *Anales de la Univ. de Oviedo*, t. I, pag. 201).

1.898 40.—Conferencia en la Universidad organizada por la extensión universitaria, en el curso 1898 a 1899, sobre *Filosofía contemporánea*. (Un extracto breve en *Anales de la Universidad de Oviedo*. t. I, 1902, pág. 279).

1.899 41.—EL LIBRO DEL AÑO, por Ricardo Ruiz y Benítez de Lugo [Director] con la colaboración de D. Eduardo de Lustonó y de los señores D. Leopoldo Alas (*Clarín*) [y otros]. Madrid. Est. Tipolito gráfico «Sucesores de Rivadeneyra» 1899, 8.°.

» 42.—III. Biblioteca Mignon. CLARIN. LAS DOS CAJAS. NOVELA. MADRID. B. Rodríguez Serra, Director. Palma Alta, 55, dupdo. 1899. 94 págs. en 16.°.

1.900 43.—BIBLIOTECA «CLARIN». I. ZURITA. MADRID. B. Rodríguez Serra, Editor. Palma Alta, 55, duplicado 1900.—75 págs. en 16.°. Al fin esta fechado en Oviedo, 1884.

¿1.900? 44.—U. GONZALEZ SERRANO. GOETHE. Ensayos críticos. Tercera edición corregida y aumentada y precedida de un prólogo de D. LEOPOLDO ALAS

(CLARIN). MADRID. [s. a. ¿1900?] Librería Internacional de F.dez Villegas y Cñía...—495 págs. 8.°.

1.900 45.—CONFERENCIAS en el Centro Obrero de Oviedo organizadas por la Extensión Universitaria en el curso de 1900 a 1901, sobre *Historia y progreso*. (Véase: *Anales de la Universidad de Oviedo*, t. I, pág. 319).

» 46.—TRES CONFERENCIAS sobre *L'Aiglon* de Rostand, organizadas por la Extensión Universitaria en el curso de 1900 a 1901. (Veáse: *Anales de la Universidad de Oviedo*, t. I, pág. 315).

1.900 47.—CONFERENCIAS organizadas por la *Extensión Universitaria* en el curso de 1900 a 1901 sobre: *La moralidad y la juventud asturiana*. (Vease: *Anales de la Universidad de Oviedo*, t. I, pág. 315).

1.901 48.—LEOPOLDO ALAS (CLARIN). El gallo de Sócrates (Colección de cuentos). I. El gallo de Sócrates.—II. El rey Baltasar.—III. Tirso de Molina.—IV. El Cristo de la Vega... de Ribadeo.—V. Un voto.—VI. La Médica.—VII. El pecado original.—VIII. El sombrero del señor cura.—IX. Dos sabios.—X. En la droguería.—XI. Aprensiones.—XII. En el tren.—XIII.—La fantasía de un delegado de Hacienda.—XIV.—El entierro de la sardina.—XV. Reflejo. BARCELONA. Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 226 y 228. Buenos Ayres, Mexico... 1901.—213 páginas, 8.°.—Publicación póstuma.

» 49.—Obras de autores célebres. LEOPOLDO ALAS (CLARIN). SIGLO PASADO. MADRID. Antonio R. López, editor. Pizarro, 13.—195 págs. en 8.° [s. a. 1901]. Publicación póstuma.

1.902 50.—Demetrio Pola Varela. *Poesía lírica y La Romería de Santa Marina* (Zarzuela en dos actos)... con cartas de los eminentea críticos Don Leopoldo Alas (Clarín) y Don Gumersindo Laverdo y prólogo del P. Jesús Delgado Llanes.—«Las Novedades», 1902.—207 páginas, 8.°.

¿1.908? 51.—José Enrique Rodó. ARIEL. [Liberalismo y Jacobinismo.—La transformación personal en la creación artística]. Prólogo de Leopoldo Alas (Clarín). Valencia. F. Sampere y compañía [s. a. ¿1908?]. 227 págs. 8.°.

1.912 52.—LEOPOLDO ALAS (CLARIN). Obras completas. Tomo primero. GALDOS. Madrid. Renacimiento... 1912.—363 páginas, 8.°.

1.913 53.—LEOPOLDO ALAS (CLARIN). Obras completas. Tomo II. SU UNICO HIJO. Madrid. Renacimiento... 1913.—371 páginas, 8.°.

1.914 54.—LEOPOLDO ALAS (CLARIN). CUENTOS. San José de Costa Rica. Imp. Alsina. [s. a. 1914].—59 páginas, 8.°.

1.916 55.—LEOPOLDO ALAS (CLARIN). Obras completas. Tomo III. DOCTOR SUTILIS. (Cuentos). Renacimiento. Madrid... Buenos Aires... 1916.—338 páginas, 8.°.

1.917 56.CLARIN (Leopoldo Alas) PAGINAS ESCOGIDAS. Selección, prólogo y comentarios de AZORIN. MCMXVII. CASA EDITORIAL CALLEJA. Fundada en 1876. MADRID.—394 páginas, 8.° (1).

III.—Nota de algunos estudios sobre «Clarín»

Adolfo A. Buylla y G. Alegre: *Discurso leído en la solemne apertura del Curso Académico de 1901-1902*. Oviedo, Imprenta La Economica... 1901; 32 páginas. Estudia a *Clarín* como pedagogo principalmente.

Altamira (Rafael): *«Necrología»* de Leopoldo Alas. Véase un amplio extracto en *Anales de la Universidad de Oviedo*, t. I, 1902, páginas 371-380.

Adolfo Posada: *Escritos inéditos de «Clarín»* en «La Lectura», año 1906, páginas 211-216.

---

(1) A esta lista hay que añadir: las conferencias sobre *Filosofía contemporánea* que dió en el Ateneo de Madrid y los siguientes prólogos: a *La Cuestión palpitante* de la Pardo Bazán; a unas versiones castellanas de *Los Heroes* de Carlyle, de *Resurrección* de Tolstoi y de *Trabajo* de Zola. Ofreció Alas, además, como en proyecto, *en preparación o en prensa* las obras siguientes: *Una medianía (Primera parte)*. Continuación de *Su único hijo; Palique (segunda serie); Vivos y muertos; Folletos literarios*. IX. *Mi Renán; La Regenta (nueva edición); Esperaindeo (novela); La viuda y el libro (novelas cortas); Tambor y gaita (novela)*.

Andrés González-Blanco: *Historia de la novela en España desde el Romanticismo a nuestros días.* Madrid, 1909.—Páginas: 495 a 511.

» » » *Leopoldo Alas «Clarín»* juicio crítico de sus obras. «La Novela Corta». Año V, núm. 250. Madrid 2 de octubre de 1920.

«Azorín»: Habla de «Clarín» en diversos pasajes de sus obras, principalmente en «Clásicos y Modernos», 1913, páginas, 85-96.

» Selección, prólogo y comentarios en la edición «*Páginas escogidas*», Madrid, Calleja, 1917.

Julio Cejador: *Historia de la lengua y literatura castellana*, tomo IX, Madrid 1918, páginas 263-270.

M. Arboleya Martínez: *Alma religiosa de «Clarín»*. (*Datos íntimos e inéditos*) en «La Revista Quincenal», año III, volúmen VIII (núm. 16 de 10 de julio 1919) páginas 328-349.

P. Francisco Blanco García: *La literatura española en el siglo* XIX, t. II. Madrid, Saenz de Jubera, 1891. páginas, 105, 150, 353, 531, 553, 607, 609 y 610.

Revista Popular, Oviedo, 1.° de julio, 1901. Número dedicado a «Clarín» a raiz de su muerte.

Anales de la Universidad de Oviedo.—Contienen interesantes noticias sobre la labor docente de Alas en la Universidad y en la *Extensión Universitaria* y notas necrológicas de sus compañeros de Claustro.

Véase especialmente: t. I, 1902, página, 356: Acuerdos del Claustro universitario con motivo de la muerte de «*Clarín*».—Páginas 359 a 380: Fragmentos del *Discurso* del señor Buylla sobre «Clarín» y de la *Necrología* de Altamira. Se habla de *Clarín*, también, en las páginas 273 y 393.

Fe de erratas

Página	Línea	Dice	Léase
20	13	Yunngmann	Yugmann
22	32	*Caloctenia*	*Calotecnia*
29	7	ilteratura	literatura
39	29	*Emendiatomum*	*Emendationum*
39	29	Livguni	Lvgduni
39	32	succo.	succo
39	33	difussus	difusus
42	3	Camùs	Camús
45	22	muestra	muestran
49	5	los retóricos	la retórica
51	6	artística	artista
70	30	Ceauté	beauté
70	32	nuafces	nuances
70	34	dans	ames

Alas, Leopoldo 177717
Author Sainz y Rodriguez, Pedro LS. A3235 .Ys
Title La obra de Clarin, discurso.

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU